Narciso Díaz de los Arcos y Leandro Blanco

EL PENDÓN DE CASTILLA

JUGUETE COMICO

en tres actos y en prosa, original



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1917

EL PENDÓN DE CASTILLA

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL PENDON DE CASTILLA

JUGUETE CÓMICO

en tres actos y en prosa

ORIGINAL DE

Narciso Díaz de los Arcos y Leandro Blanco

Estrenado con gran éxito en el TEATRO ALVAREZ QUINTERO el 19 de Febrero de 1917



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°
TELÉFONO, NÚMERO 551
1917

Homenaje sincero.

Al ilustre maestro de hacer comedias y sainetes don Carlos Arniches, gloria de la escena española, le dedican, como homenaje, esta producción,

Los Autores.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
LUZ	Srta.	López Lagar.
GLORIA	Sra.	Cárcamo.
PAZ	Srta.	Olavarría (C.)
PURA	Sra.	Fernani.
NIEVES		Teixeiro.
VICTORIA	Srta.	Olavarría (T.)
PETRA		Rojo (C.)
ROSA		López Lagar (N.)
UNA DONCELLA		Rojo (E.)
PEDRO CASTILLA	Sr.	Barbero.
GERVASIO		Brochado.
DON FILO MR. JONES		Navarro.
ANGEL RUBIO		Serrano.
POLITO		González.
PELAEZ		Barbero (h.)
UN CRIADO		López.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha e izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Estudio de pintor. Puertas laterales. Al fondo una galería de cristales, por la que se ve el jardín. En último término izquierda varios caballetes que sostienen cuadros. Otro en segundo término, con un lienzo grande. Un biombo en último término derecha y en primero una mesa redonda, cuyo tablero es giratorio. Sillas, columnas con estatuas, etc., etc. En las paredes cuadros y una panoplia con armas de salón modernas, la que estará en lugar bien visible, asi como espadas cruzadas, floretes, etc., que estarán en otros lugares de la pared para dar idea de la afición del propietario por las armas.

ESCENA PRIMERA

ANGEL y PELAEZ

Inmediatamente de levantarse el telón entra Peláez, quien sorprende a Angel colocando un cuadro en un caballete

Pel. (Entrando.) ¡Loor al artista!

Angel (Vuelve sorprendido y va hacia él con los brazos abiertos.) ¡Querido Peláez!
(Se abrazan.)

Pel. ¿No esperabas verme, tunante?

Angel ¡Figúrate! ¿Cuándo has llegado?

Pel. Hace tres días.

Angel ¡Ingrato! ¿Y hasta hoy no te has acordado de mí?

Pel. ¡Eso es, protesta! Eres el primer amigo que veo desde que estoy en Madrid.

Angel Según eso, has estado cautivo estos tres días.

Pel. No. Me he dedicado a montar mi estudio; y no lejos de aquí.

Angel (Sorprendido.) ¿Estudio, tú? ¿Casa, tú? ¡No te creo!

Pel. A eso vengo precisamente, a que me creas, quiero que vengas esta tarde a visitarme.

Angel Santo Tomás, ver y creer. ¡Vaya si te visitaré!

Pel. Si tus obligaciones lo permiten. Porque... ya sé que te has casado... ¡tunante!

Angel ¡Hombre!...

Pel. ¡Hola! ¿Nos avergonzamos? Luego reconocemos el delito... No te reprocho el que te hayas casado. ¡Nadie está libre de una desgracia! Y a pesar del juramento que en pro del celibato hicimos, tu amigo Pelaez, es magnánimo y sabe perdonar a los traidores. ¡Eso sí! De la cena que apostamos, no te libras.

Angel He perdido y pagaré.

Pel. (Confidencialmente.) ¡Oye!... ¿Rica?...

Angel ¡Pobre!

Pel. ¡Colosal! Yo hubiera hecho lo mismo. Para casarse, importa poco que la mujer sea duquesa o villana. Tanto da sepultarse en marmóreo mausoleo como en la fosa común.

Angel ¿Sabes que vienes de Roma muy profundo?

Pel. Chico, la experiencia. (Viendo el lienzo que está en segundo término.) ¡Hola! ¡Bonito bosquejo! El Circo Romano.

Angel ¿Te gusta? Se titula «El último mártir». No puedo acabarlo. Me falta un modelo de gladiador.

Pel. ¡Hombre, yo puedo proporcionarte uno! Es un pobre diablo que quiere dedicarse a eso. Te lo enviaré. Es un tipo muy original. Viste a la última. Un calavera, ¿sabes? que se escapó de la familia, que está en buena posición.

Angel No me va a servir. Yo más bien lo que necesito es un criado que me sirva de modelo también.

Pel. El hambre de éste hace a todo.

Angel En ese caso... ¿Le enviarás pronto?

Pel. Ahora mismo. (Hace ademán de irse.) Bueno. . hasta que vayas a verme.

Angel (Quitándose la blusa.) Espera. Salgo contigo. Tengo que hacer unas compras. ¡Chico!... Desde que me casé voy todos los días por el postre.

Pel. (Riéndose.) Angel Rubio. ¡El notable artista!... descendiendo a la categoría de demandadero... ¡Los encantos del hogar!

Angel ¡Tu caerás, Pelaez, tu caerás!

Pel. Lo dudo, Angelito, lo dudo. Y ya que me atribuyes cierta profundidad importada de Roma, te diré lo que me contestaba un sacristán italiano al hablarle del matrimonio. «Cavalieri—decía—col las moglieres hay que fer lo medésimo que io fatto col las lámparas della iglechia Bajarlas, despabilarlas un instante e per arriba presto, presto... e tutti contenti.»

Angel ¿Sabes que lo entiende el macarroni?

Pel. Así está él... Bene di salutte.

(Salen los dos riéndose por el fondo derecha.)

ESCENA II

Por el fondo izquierda entra LUZ, detrás un CRIADO

Luz Retírese usted. No necesito nada. ¿Ha venido alguien?

Criado Nadie, señorita.

Luz ¿Y el señorito?

Criado Ha salido ahora mismo.

Luz (Dándola el velo.) Está bien. Puede usted irse.

Criado Con su permiso. (Vase.)

(Luz se compone el peinado ante un espejo en el que se proyecta la vitrina del fondo. Por la izquierda y asomando primero la cabeza con precaución sale Castilla. Es este un tipo de don Juan, maduro, conquistador por antonomasia. Representa cincuenta años lo más disimulados posible. Viste con cierta elegancia.)

Luz (Asustada al verle por el espejo.) ¡Jesús!

Pedro ¡No! ¡Jesús, no! Pedro Castilla. Habitante en Madrid, contribuyente por industrial, el más rendido adorador de sus encantos y...

Luz Y la audacia con chaqueta.

Pedro ¿Y qué es mi audacia, sino una manifestación del amor de que es usted inspiradora, señorita?

Luz ¡Señora!

Pedro ¿Señora? (Aparte.) ¡Malo!

Luz ¡Caballero! Está usted en la casa de mi marido.

Pedro ¡Hum! De bastante sirve la garita si no está dentro el centinela.

Luz ¡Insolente!

Pedro Es favor.

Luz ¡Retírese usted!

Pedro ¿Retirarme una vez dentro de la plaza? Eso no es digno de mi estrategia. (Busca con la vista un lugar donde dejar el sombrero y el bastón.)

Luz Llamaré a un criado.

Pedro No se moleste. (Deja el sombrero y el bastón sobre el caballete.)

Luz ¿Qué se propone usted?

Pedro (Tierno.) ¡Amarla!

Luz Esto es insoportable. Usted está loco seguramente. No contento con seguirme durante toda la mañana tiene usted el cinismo de meterse en mi casa. ¡Ea, basta! Retírese o hago que le echen.

Pedro ¡Calma, señora, calma! La vía del escándalo no conduce más que al bochorno. Necesito que usted me escuche. Y sobre todo... permita usted tomar asiento a su más rendido amante. ¡Re... molacha... y qué manera de andar tiene usted! (Se sienta causando el asombro de Luz.)

Luz ¡Caballero! ¿Quiere usted comprometerme?

Pedro ¡Señora! ¿Usted quiere escucharme?

Luz ¡Qué pesadez! Bien, pero sea breve, se lo suplico. Y sobre todo márchese usted en seguida. (Se sienta. Castilla acerca su silla a la de Luz.)

Pedro No sé cómo nació...

Luz ¡Vaya!

Pedro Pero desde el instante que tuve la dicha... ¡Ay!... de... ¡Ay!... (Hace contorsiones dando muestras de indisposición.) ¡Ay!...

Luz ¿Qué le pasa a usted?

Pedro ¡Ay!... ¡Ya está aquí! (Aumenta las contorsiones.)

Luz (Levantándose alarmada.) ¿Quién?...

Pedro ¡Aquí! ¡Ya lo tengo encima!

Luz ¿Pero qué?

Pedro ¡El ataque!

Luz ¡Dios mío! ¿Pero ataque de qué?

Pedro No sé. Sólo recuerdo que es una cosa que acaba en *itis*. Y que no falla. En cuanto me acerco a una mujer, cosa perdida. Empiezo a sentir unos ardores internos... una calentura... (Saca un termómetro del bolsillo y se lo aplica al lado izquierdo.) ¿Ve usted este termómetro? Mi compañero inseparable.

Luz ¡Qué conflicto! ¡Y sin poder llamar a nadie! ¿Se le pasa?

Pedro Sí, sí. ¡Pasar! Ahora siento como si me cepillaran el esófago.

Luz ¡Jesús!

Pedro ¡Ay!... ¡Agua!... ¡Que me abraso!

Luz (Cogiendo una botella que habrá sobre la mesa.) ¿La quiere usted sola?

Pedro Con unos terroncitos de azúcar. (Mira el termómetro.) ¡Horror!... ¡Esto sube al galope! ¡Treinta y ocho grados!

Luz (Con el vaso en una mano y los terrones en otra en actitud de echarlos al agua.) ¿Cuántos?

Pedro (Distraído.) Treinta y ocho.

Luz ¿Cómo?

Pedro ¡Ah! Dos o tres.

Luz (Agita el agua con la cucharilla en tanto que Castilla se desabrocha la americana.) ¿Ve usted qué compromiso? ¿Por qué ha dado usted este paso conociendo lo que podía sobrevenir?

Pedro ¡Porque la amo!

Luz ¡Vuelta! (Dándole el vaso.) Eso es no tener juicio.

Pedro (Bebiendo.) ¿Pero usted comprende el juicio ante esa cara? Hágase usted cargo... Luz.

Luz ¡Cómo! ¿Sabía usted mi nombre?

Pedro No podía ser otro.

Luz ¿Se le pasa?

Pedro Un poco.

Luz Pues aproveche la ocasión. Váyase usted antes de que venga mi marido.

Pedro Luz... no se altere. Me iré en seguida, puesto que es su deseo. Pero antes... antes una esperanza. (Se levanta y va hacia ella.)

Luz ¿Otra vez? ¡Retírese!

Pedro ¡Imposible!

Luz ¡Atrevido!

Pedro (Cogiéndola una mano.) ¡Monísima!

Luz ¡Que grito!

Pedro Luz... Se inflama usted en vano.

Luz Es usted un audaz.

Pedro Lo que soy... es modelo de amantes. Eso usted puede probarlo y yo decirlo muy alto.

ESCENA III

DICHOS y ANGEL por el foro con un paquete

Pedro Así... (Gritando.) ¡Un modelo!

Angel A usted le manda Peláez. Un momentito. Voy a dejar esto y en seguida salgo. (Vase por la derecha.)

(Castilla y Luz quedan cortados. Castilla pregunta por señas a Luz que quién es)

Luz ¡Mi marido! ¿Y ahora?

Pedro ¿Ahora? (Aparte.) Ahora golpes. (Alto.) Yo creo que lo mejor será marcharme. ¿Verdad?

Luz Es que no se lo consiento a usted. Sería tanto como declararme cómplice de un delito que no existe.

Pedro ¿Qué hago entonces?

Luz Sufrir las consecuencias. Advirtiéndole que mi marido es un florete magnífico. Tira muy limpio, conoce el ataque y no pierde golpe. ¡Ah! Es zurdo.

Pedro ¡Pues sí que tiene usted una alhajita de marido!

(Sale Angel por la derecha.)

Angel ¿De manera que le envía a usted Peláez, eh?

Pedro Sí... sí, señor... Peláez. (Aparte.) ¿Quién será Peláez?

Angel Me lo suponía. Porque al entrar oí que decía usted a mi señora, que era modelo.

Luz (Aparte.) Evitaremos el lío. (Alto.) Sí... es... el modelo que esperabas. (Aparte.) ¿Qué va a pasar aquí? Como se descubra le mata. (Vase por segunda derecha)

Angel (Aparte.) Muy viejo me parece para gladiador. (Alto.) ¿A ver? Vuélvase usted. Quítese

la chaqueta. (Castilla hace todos los movimientos que se le ordenan y cuelga la chaqueta en un caballete.) Ande un poquito para allá... otro poquito para acá...

Pedro (Aparte.) ¿A que acaba por contarme los dientes?

Angel ¡Pchst! ¿Ha posado usted con otros pintores?

Pedro ¡Sí... sí, señor! En mi juventud, ¿sabe usted?

Angel ¿En su juventud? (Aparte.) ¡Con el Greco! (Alto.) Lo digo, porque ya sabrá usted lo que va a cobrar.

Pedro No. Pero me lo figuro... Lo que usted quiera

Angel (Benévolo.) Yo... le daré algo más, porque ya le habrá dicho Peláez lo que yo deseo y... lo que soy yo.

Pedro ¡Zurdo! ¡Sí... ya... ya me lo ha dicho!... (Aparte.) ¡Pues señor! ¡Quién será Peláez!

Angel En ese caso no perdamos tiempo. En ese cuarto encontrará usted lo necesario para convertirse en gladiador.

Pedro ¡Ah! ¿Me tengo que desnudar? (Aparte.) ¡Pues no hay salvación! ¡O floretazo o pulmonía!

Angel Naturalmente que se tiene usted que desnudar. ¿Cómo iba a pintarle si no?

Pedro Bueno, bueno. (Señala el cuarto.) Ahí, ¿verdad?

Angel Ahí.

Pedro (Yendo hacia la puerta de la izquierda.) Tira limpio... tiene puño... Es zurdo... Y yo de gladiador... y con el frío que hace. Otra vez que tenga algún lío con un pintor, procuraré que sea de costumbres de esquimales. (Vase por la izquierda.)

ESCENA IV

ANGEL y DON FILO

Oyese dentro las voces de don Filo que disputa con el Criado.

Criado ¡Que no se puede! ¡Que no está visible!

Filo ¿Cómo? ¿De cuándo acá no está visible don Angel para su profesor de esgrima? (Salen los dos por el foro. El Criado interceptando el paso a don Filo.)

Criado — Mire usted que..

Filo — ¡Imbécil! (Le da un empujón y entra. Vase el Criado Don Filo es un tipo nervioso que habla muy deprisa.)

Angel — ¡Don Filo!

Filo — (Sofocado.) ¡Ay, don Angel! No me reprenda usted si contravengo sus órdenes y verifico un feroz allanamiento de morada. Me trae aquí una cuestión de honor.

Angel — (Intrigado.) ¿A ver, a ver?

Filo — ¿Usted conoce a Pérez?

Angel — (Pensativo.) ¡Pérez!

Filo — No perdamos tiempo. Pérez es un profesor de esgrima, y por lo tanto, competidor mío.

Angel — Bien, ¿y qué?

Filo — Que discutiendo los dos esta mañana y después de herirnos mutuamente en el orgullo profesional, recayó la discusión sobre nuestros discípulos. Yo, como es natural, le nombré a usted inmediatamente y me deshice en ditirambos sobre sus condiciones de tirador. ¿Y sabe usted lo que me contestó el muy cínico?

Angel — ¿Qué?

Filo — Que yo era un farsante y que usted tiraba menos que una tagarnina.

Angel — ¡Ah, granuja! ¿Y en qué se funda?

Filo — En que él tiene otro discípulo. Un tal Jones... o Yon... al que no hay quien aventaje, según Pérez. Pero ahora viene lo gordo. Discutiendo sobre quién valía más de los dos discípulos, dijo Pérez que el suyo habría demostrado su pericia antes de tres días, batiéndose con alguien en duelo formal. Yo... ¿qué quiere usted? Me exalté, ya conoce usted mi carácter, y respondí que mi discípulo no se arredraba por eso y que también buscaría un duelo en el término de tres días. Después me pesó, pero ya no tenía remedio. Y aquí me tiene usted a suplicarle por lo que más quiera que busque un duelo; que se bata con el primero que encuentre. Va en ello nuestra reputación de esgrimidores.

Angel — ¡Bueno!... Pero... ¿Con quién me bato?

Filo — Con cualquiera. Si eso es lo más sencillo.

Ahora salimos a la calle a buscar un contrincante.

Angel ¿Ahora? Ahora voy a comer.

Filo Entonces, después. En cuanto haya usted comido, sale a la calle, desafía al primero que encuentre y... duelo a la inmediata... ¡Ah! Y ya en el campo, no se olvide, ¿eh? dejarle avanzar. El le hace la parada. Amaga usted con un golpe a la cabeza. El le hace el quite, y entonces usted le echa la finta... ¡Mucha finta!... Hasta hacerle un ovillo... y... golpe final. (Todo este párrafo lo dirá accionando como si se batiera.) ¡Vaya! Adiós, don Angel. ¡Y ya sabe! ¡Va nuestra reputación!

Angel ¡Pero, oiga!...

Filo ¡Nada!.. ¡Antes de tres días! ¡Ah! De padrinos no se ocupe, ¿eh? Y ya lo sabe. ¡Finta!.. ¡Mucha finta! (Vase por el foro.)

ESCENA V

ANGEL y PEDRO CASTILLA, de gladiador, por la izquierda

Trae en la cabeza un casco cerrado de los que usaban los luchadores de red y tridente. Entrará durante las últimas palabras de don Filo

Pedro ¿Estoy bien así?

Angel ¡Santo Dios!

Pedro (Aparte.) Me parece que no han hecho buen efecto mis condiciones estéticas. (Alto.) Usted dirá lo que tengo que hacer.

Angel Súbase usted ahí. (Le señala la mesa giratoria.)

Pedro (Yendo hacia ella.) ¿Aquí?

Angel Sí, ahí. Y estese quieto. (Sube Castilla a la mesa mientras Angel prepara el caballete.)

Pedro (Mientras sube. Aparte.) Debo parecer un buzo.

Angel (Yendo hacia él.) ¿A ver? Levante un poco la cabeza... ese brazo hacia atrás... la pierna... la pierna... A ver si de este lado... (Da vueltas al tablero haciendo girar a Castilla.)

Pedro ¡Eh!... ¡Eh!... No le dé vueltecitas, que me mareo.

Angel Necesito buscar la postura. Bueno. Silencio y estarse quieto. (Fijándose en las manos de Cas-

tilla.) ¡Pero, hombre de Dios! ¡Si le falta a usted la red y el tridente!

Pedro ¿Más artefactos? Voy a parecer una prendería.

Angel Estese quieto ahí mientras voy por ellos. Vaya usted a saber dónde estarán.

Pedro ¿Va usted a tardar mucho? Para quitarme la escafandra un ratito. A no ser que quiera usted que fallezca por asfixia.

Angel Haga usted lo que le parezca, hombre ¿Dónde estarán esos chismes? (Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

PEDRO CASTILLA y LUZ, que sale por la derecha cautelosamente

Pedro (Quitándose el casco y apeándose del velador al verla.) Luz... Lucecita...

Luz (Reprimiendo la risa al verle.) ¡Silencio!

Pedro ¿A usted le parece bien tener un amante con la testa en conserva?

Luz Si no hubiese usted venido... Tenga paciencia. Cuando acabe de posar, se marcha... y que esto le sirva a usted de lección. (Se oyen fuera las voces de Gervasio, que disputa con el Criado.) ¡Chist! ¡Alguien viene! (Vuelve Castilla al velador apresuradamente.)

Pedro De aquí salgo yo con pasión de ánimo.

ESCENA VII

DICHOS, GERVASIO y el CRIADO, que aparecen por el fondo. El Criado intenta cortar el paso a Gervasio

Ger. Es en vano que se moleste usted. Don Angel Rubio necesita de mí como yo necesito de él y aún no hace dos minutos que le he visto entrar. ¿Quiere usted que le dé más explicaciones?

Luz (Al Criado.) Retírese usted. (Vase el Criado. A Gervasio.) ¿Caballero?...

Ger. ¡Perdón, señorita! No me había percatado de su agradable presencia.

Luz ¿Qué es lo que desea?

Ger. Ver a don Angel Rubio.

Luz Yo soy su esposa...

Ger. No podía ser otra la de un hombre de tan exquisito gusto artístico.

Luz (Intranquila por la inoportunidad.) ¡Muchas gracias! Y... si el objeto de su visita no es reservado...

Ger. Ni mucho menos. Yo soy el modelo que espera su esposo. Me envía el señor Peláez..

Pedro (Conmoviéndose sobre el velador.) ¡Y torna con Peláez! ¡Pero quién será Peláez!

Luz ¿Cómo? ¿Qué dice nsted? Peláez... (Aparte.) Con esto no contábamos.

Pedro (Aparte.) Me veo en la fosa común.

Ger. Sí, señora No hace quince minutos que encontré al señor Peláez y me dijo que don Angel precisaba de un gladiador para su cuadro «El último mártir.» Y aquí me tiene usted dispuesto a eclipsar las glorias de los clientes de Burbo, a pesar de la terca resistencia de esa plaza fuerte con uniforme que tienen ustedes en la puerta.

Luz (Aparte.) ¿Cómo echo yo a este hombre? (Alto.) Pero... el caso es.. que... que mi esposo ya no necesita de ese modelo.

Ger. (Sorprendido.) ¡Cómo! ¿Qué dice usted... ¿Que ya no?...

Luz Que nó... que ya tiene otro.

Ger. ¿Otro? (Desconsolado.) ¡Adiós esperanzas! Pero.. de todos modos... podré entregarle la tarjeta.

Luz No... No se moleste usted... Yo misma. ¿Por qué va usted a esperar?

Ger. (Aparte.) ¡Me echan! (Con decisión.) ¡Imposible!

Luz ¿Imposible, qué?

Ger. Que me marche. ¡Señora! No la extrañe mi actitud. Necesito ver a su esposo para que me ocupe en algo o de lo contrario entrego! la existencia. Esta actitud es un teorema; mi situación, el corolario y mi tubo digestivo el más enorme de los axiomas... y de los tubos No es Gervasio quien está ante usted en este momento. Es la penuria en traje de gala. Un capricho de la miseria. ¿Ve usted este terno tan decentito? Pues debajo de él hay un estómago que se enmohece... un hombre que

no come... En una palabra, que me dejo mas-car lo que sea antes que salir de aquí.

Pedro (Aparte.) Pues nos ha hecho moléculas.

Luz (Aparte.) ¡Dios mío! Y si le echo francamente armará un escándalo... y saldrá Angel... (Alto.) Pero... ¿tan mal está usted?

Ger. ¡Mal! Eso es estar de algún modo. A mí, la desgracia me ha hecho nulo.

Luz ¿No tiene usted familia... trabajo?...

Ger. ¡Familia! ¡Trabajo! La tengo y le tuve. Yo vivo en Valencia con mi madre, que está en buena posición. Yo soy valenciano, aunque me esté mal el decirlo. Pero un día me dije: Gervasillo... a ver mundo... Me escapé de casa y llegué a Madrid. Pero, ¡ay! que el dinero no *premanece* como la fuente del famoso cantar, y acabado el vil metal me vi precisado a desempeñar todos los oficios. Yo he sido camarero, acróbata, guardia, de todo; no tengo nada de parásito. Pero al final, viendo que no podía vencer a la miseria... reuní todas mis fuerzas, me crucé de brazos... y la esperé estoicamente, convencido de que el náufrago cuanto más se agita más pronto se va al fondo, y de que la piedra no necesita de la acción para repeler las agresiones. Le basta con ser piedra.

Pedro (Aparte.) ¡Perdónale, Sócrates!

Luz En suma. ¿Qué es lo que usted desea?

Ger. Dejar de ser piedra. Trabajar con su esposo hasta reunir para mi viaje a Valencia y marcharme a mi casa, que me estarán echando de menos.

Pedro (Dando un grito.) ¡Ah, qué idea!

Ger. (Volviéndose asustado.) Diablo. (Reflexionando.) ¡Ah!... ¿usted es el otro modelo?

Pedro Sí, señor; de paciencia. Hace una hora que estoy así expuesto a una pulmonía.

Ger. Usted es quien me quita el pan!

Pedro Al contrario, amiguito. Soy su providencia.

Ger. ¿A ver, a ver?

Pedro (Bajando de la mesa.) Usted quiere marcharse a Valencia. ¿No es así?

Ger. ¡Justamente!

Pedro Pues bien. Yo le doy a usted el dinero para que se marche. Pero con una condición.

Ger. ¿Y es?

Pedro Que tiene que salir de aquí inmediatamente.

Ger. Venga el dinero.

Pedro (Va a la chaqueta, saca de un bolsillo una tarjeta y se la da a Gervasio.) Tome usted.

Ger. (Leyendo la tarjeta.) Pedro Castilla... (Sigue susurrando alto.) Pero esto es la tarjeta de una casa de modas.

Pedro Donde irá usted por el dinero. Castilla soy yo.

Ger. Esto es escamante. Un modelo de pintor dueño de una casa de modas.

Luz Caballero, hablemos claro. La estancia de este señor aquí y en esta situación, obedece a cosas muy delicadas. El señor Castilla está pasando aquí por usted y por lo tanto...

Pedro Su presencia estorba.

Ger. No comprendo.

Pedro (Cogiéndole de un brazo y llevándole a un extremo.) ¡Joven!... ¿Usted sabe cuáles son los resultados de un desafío?

Ger. Las ganancias de un fondista.

Pedro Pero si el desafío es con una fiera y... zurda, los resultados son el lucro de una funeraria. Y si usted se queda aquí, seré yo el protagonista de esos funerales. ¡Váyase; se lo suplico!

Luz Y yo también. ¡Váyase!

Ger. ¡Hum!... (Aparte.) Uno que está en mi lugar... otra que .. Los dos que quieren que... Esto es lío. De aquí se puede sacar raja. ¡Me quedo! (Voces de Angel dentro, pero cerca.)

Angel ¿Pero dónde diablos han metido la red y el tridente?

Luz ¡Que sale! ¡Que sale! ¡Váyase!

Ger. Es que...

Pedro (Empujándole hacia la puerta.) Es que nada. ¡Márchese, hombre!

Ger. ¡Bueno! Conste que usted me promete el viaje a Valencia, ¿eh?

Pedro Sí, hombre, sí. ¡Al Uruguay si usted quiere, pero guílleselas!

Ger. (Sin querer marcharse.) ¿Y dice usted que tengo que ir donde dice esta tarjeta, verdad?

Luz ¡Ay qué rabia! ¡Sí, hombre, sí! ¿No lo ha oído usted ya?

Ger. ¿De manera que yo con esto me presento a cobrar?

Pedro Donde va usted a cobrar es aquí si no se marcha. ¡Márchese, hombre, márchese! (Le empuja.)

ESCENA VIII

DICHOS y ANGEL, que sorprende las últimas palabras de Castilla

Angel ¿Qué sucede? (A Gervasio.) ¡Caballero!

Pedro (Aparte.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!... ¡Floretazo que te quiero!

Angel ¡Usted dirá!...

Pedro (Aparte) ¿Qué dirá éste? (Gervasio, cortado, hace esfuerzos por hablar procurando sonreir.)

Luz (Interponiéndose.) El... el señor... viene a comprar unos cuadros. (Gervasio hace un movimiento de extrañeza en tanto que Castilla se lleva la mano a la boca para contener la risa.)

Angel Con muchísimo gusto. (Aparte a Castilla.) ¿Y usted, por qué le decía que se marchara?

Pedro ¿Quién? ¿Yo? No... verá usted... (Aparte.) ¡Ay, qué lío!! (A to.) Es... es que se arrepentía de comprarlos... eso es... y... ya se iba.. eso es.. y yo lo decía.., ¡Márchese! ¡Márchese usted! Verá cómo no encuentra en otro sitio cuadros tan bonitos.. y... ¡Eso es!

Angel (Volviéndose a Gervasio y muy amable.) De manera que... unos cuadritos, ¿eh?

Ger. Sí... unos... unos cuadritos. (Angel va al fondo izquierda, seguido de Luz y entre los dos empiezan a descubrir los lienzos que hay sobre los caballetes. Aparte a Castilla.) Oiga usted. ¿Y con qué se los pago?

Pedro (Muy deprisa.) Dele tarjeta, tome mi nombre, mande llevarlos mi casa. (Aparte.) Va costarme broma, miles pesetas, telas pintadas.

Ger. Yo le digo: soy Castilla; luego descúbrese ajo, se enfurece...

Pedro Floretazo que te llevas.

Ger. Además, que querrá venir a cobrar donde dice esta tarjeta y se armará un lío y... ¡Imposible! Yo no puedo decir que soy Castilla.

Pedro Pues no hay otra solución. De lo contrario se

arma la gorda. A usted le echan, a mí me matan, y pierde usted el viaje a Valencia.

Ger. Pero ..

Pedro Nada. Lo que oye. Si quiere usted irse a Valencia, tiene que pasar por Castilla.

Ger. Hombre... es mucha vuelta. (Angel termina de descubrir los caballetes y va hacia ellos.)

Pedro ¡Silencio! ¡Ya está aquí!

Angel ¡Ea! Ya puede usted examinarlos.

Ger. Con mucho gusto

Angel (A Pedro.) Vaya usted a vestirse. (Vase Pedro por la izquierda. Cogiendo un cuadro y mostrándoselo a Gervasio.) Vea usted. Modestia aparte; esta es sin género de duda una de mis mejores obras «Muerte de Mesalina». Aquí representa el momento en que Evodo, por mandato de Narciso, quita la vida a la desgraciada mujer de Claudio.

Ger. ¡Ah, ya! Este es Evodo, ¿eh?

Angel Ese; el de la espada.

Ger. ¡Cómo se parece a un tío mío que es agente ejecutivo!

Luz (Aparte.) ¡Qué bruto es este hombre!

Angel Creo que le gustará a usted. No es porque sea mío, ¿eh? ¿Pero se ha fijado usted en la expresión de Mesalina al exhalar el último aliento?

Ger. ¡Colosal! Lo que me parece un poco exagerado es el aliento.

Angel No, hombre. Es el humo de un pebetero que se supone está detrás de Mesalina.

Ger ¡Ah... ah!... ¿Es humo?...

Angel Y luego, la tonalidad, el ambiente, la clara percepción de las figuras... En mis obras jamás verá usted siluetas esfumadas. Todas las figuras se hallan definidas. Soy de opinión que el acuse de silueta y el gris, son el etcétera de los malos pintores. Para que el arte pictórico...

Ger. (Interrumpiéndole.) Nada, nada. No se moleste. Me quedo con el cuadrito. (Viendo otro.) ¿A ver este? ¡Hombre, este está bien!

Angel Aquí tiene el título. «Velada lírica» Una familia de la clase media, pasando la noche al rededor de un fonógrafo ¿Ha visto usted qué expresión en esos rostros?

Ger. ¡Brutal! ¡Qué impresión del hogar da este cuadro! ¿Pues y el fonógrafo? No le falta más que hablar. (Viendo los demás.) Todos, todos están muy bien. Puede usted enviarlos hoy mismo, y en cuanto al precio, allí lo trataremos. (Le da la tarjeta que le dió Pedro.) Esta es mi dirección. (Aparte.) Yo arruino a este pobre señor.

Angel Inmediatamente será usted servido. (Aparte.) ¡Vaya un clientazo!

Ger. Vaya. A los pies de usted, señora. (Luz le hace una reverencia. A Angel.) Beso a usted la mano.

ESCENA IX

DICHOS y PEDRO, por la izquierda, vestido de calle

Angel A sus órdenes. (A Pedro.) Abra usted la puerta.

Pedro ¡Como los obuses! (Va con Gervasio hasta la puerta del fondo derecha. Aparte a él.) Supongo que no se habrá usted extralimitado en la compra.

Ger. ¡Quiá! (Aparte.) Como los quieras colgar todos, te cuesta dos mil reales de escarpias. (Viendo a Angel que se dispone a acompañarle.) No se moleste, no. De ninguna manera.

Angel ¡Quite usted, por Dios! Si no es molestia... (Hacen mutis Angel y Gervasio por el foro derecha.)

ESCENA X

LUZ y PEDRO

Luz ¡Gracias a Dios!

Pedro ¡Sudo ácido fénico!

Luz ¡Lo que es el disgusto que tengo por su causa no me lo paga usted con nada!

Pedro Sí. Pues mire usted que el ratito que estoy yo pasando es para emocionar a un almirez. ¡Caray! ¡Con eso de que tiene usted un marido que delira por los floretazos ..

Luz Y que como se batan le hace a usted picadillo, ¿eh?

Pedro ¡Cuernos!... ¡Bueno!... Ya serán menos subdivisiones.

Luz Tómelo usted a chirigota, pero de esta va usted a escarmentar.

ESCENA XI

DICHOS y ANGEL que vuelve apresuradamente y empieza a dar a PEDRO todos los cuadros de los caballetes; los del suelo y algunos de las paredes. Entre estos cuadros habrá un paisaje de extraordinaria longitud.

Angel ¡Ea! ¡Listo! ¡A ver!... Tome... tome... (Empieza a colocar los cuadros bajo los brazos de Pedro, el cual tiene un movimiento de extrañeza a cada cuadro que recibe.

Pedro (Cuando Angel ha terminado de darle los cuadros y rodeado de ellos de manera que le estorben todo movimiento.) ¡Qué! ¿Se muda usted?

Angel No, pero casi, casi. Los ha comprado todos.

Pedro ¡Que los ha...! (Vacila y deja caer algunos. Aparte.) Me va a costar un sentido.

Angel ¡Eh! ¡Cuidado! ¿De qué se asombra usted?

Pedro No. De nada. Y... le cobrará usted carito, ¿eh?

Angel Me haré pagar, me haré pagar. A este, por lo visto, no le duelen prendas.

Pedro ¡Claro!

Angel (Colocándole de nuevo unos dibujos.) Tenga cuidado con esos dibujos al carbón que están sin fijar. No vayan a llegar borrados a su casa.

Pedro A su ca... Pero... tengo que llevar yo todo esto?

Angel ¡Valiente pregunta! ¿Pero no le ha dicho Peláez las condiciones?

Pedro (Aparte.) ¡Y soba con Peláez! ¿Pero quién será ese Peláez que me ha dicho tantas cosas? No, y que si me revelo... la zurda en funciones.

Angel Vamos. ¿Qué espera?

Pedro ¡Voy, voy! (Aparte.) ¡Dios mío! ¡Qué voy a hacer yo con tanta lona?

Angel ¡Qué paciencia! Ande. Esta es la dirección. (Le da la tarjeta)

Pedro (Con acento lastimero.) ¿Y tengo que ir por la calle con todo esto?

Angel (Impaciente.) ¿Es que se propone usted tomarme el pelo?

Pedro Voy a parecer un emparedado. ¡Pero hombre! ¿Por qué no se le ha ocurrido a usted estudiar para miniaturista? ¡Con lo fácil que debe ser eso!

Angel ¡Sale usted o no!

Pedro ¡Voy, hombre, voy! (Aparte.) Mal tiro le den a Peláez. (Sale por el fondo derecha con todas las dificultades que son de suponer.)

Angel ¡Gracias a Dios! (Sale detrás.)

Luz ¡Pobre hombre! ¡Se mata! (Sale también y queda la escena sola. Se oyen las voces de Angel.)

Angel ¡Cuidado! ¡Que da usted a la lámpara! (Hay una ligera pausa. Oyese un ruido enorme como de cosas que se caen y se rompen.)

Pedro ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...

Angel Pero animal, ¿qué ha hecho usted?

Pedro (Con voz lastimera.) Nada... Los dibujos al carbón que se han hecho cisco! (Oyese una carcajada de Luz y telón rápido.)

FIN DEL ACTC PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Sala interior de una casa de modas. Laterales con dos practicables cada uno. Al fondo izquierda, una puerta que comunica con el cuarto de prueba. Varios maniquíes diseminados por la escena.

ESCENA PRIMERA

POLITO, VICTORIA, ROSA y PETRA

(Al levantarse el telón, rodean las tres a Polito, que está leyendo en el centro. Polito es un muchacho joven, tenedor de libros de la casa; lleva la pluma en una oreja y el traje un tanto deteriorado. Padece una enfermedad nerviosa que le obliga a dar sacudidas de cuando en cuando. Dichas sacudidas las hará pegando oruscamente con el antebrazo derecho en la cadera, cerrando los ojos y sacudiendo la cabeza al tiempo que exhala aire por la boca. Todos los movimientos indicados los hará a un solo tiempo pronunciando al mismo y secamente la sílaba ¡fa! El actor encargado de este papel debe hacer caso omiso de los ¡fas! marcados en el libro, los que no están más que con el objeto de recordar el defecto del personaje.)

Pol. (Leyendo.) ¡Fa!... ¡Fa!...
Y en cuanto a usted, beldad entre beldades,
de sus papás queridos tierno encanto,
reciba con amor felicidades
por este feliz día de su santo.

Todas (Aplaudiendo.) ¡Bravo'... ¡Bien!...

Pol. ¡Fa!... ¿Os ha gustado?

Rosa — Muy bien, Polito. ¿Y se los piensas recitar mañana a la señorita Paz?

Pol. — ¡Fa!... Si no me se sube el pavo... De un tirón.

Petra — ¿Mira, eh? No sabía yo que teníamos a Espronceda de tenedor de libros.

Pol. — Di tú que yo me he reconocido tarde las aptitudes... que si no...

Vict. — Lo que hay, es que el pobre, no pudo escribir hasta que no se inventó la luz eléctrica, porque... ¡fa!... apagaba todas las velas con el defecto nervioso.

Pol. — Pues no hables... ¡Fa!... que tú no eres tampoco un modelo de estética.... ¡Fa! Lo que tienes es envidia porque no te puedes tapar los hoyos de las viruelas... ¡Fa!...

Vict. — ¿Envidia de tí? Si eres más feo que rascarse en visita.

Pol. — ¡Fa!... Habló la Venus, que no puede mirar al cielo cuando llueve porque se la forman charcos en el rostro!

Vict. — ¡Mira qué ingenioso se ha levantao el pulverizador! ¡Fa! .. ¡Fa!... (Todas se ríen y arman gran algazara.)

ESCENA II

DICHOS y GLORIA, en bata, con unos impertinentes en la mano y una caja de entregar en la otra. Es una señora de edad, esposa de Castilla, que recargará las frases ampulosas, procurando no exagerar.

Gloria — ¡Bien! ¡Bien! Encantadora greguería! Sublime regocijo! ¡Grandiosas manifestaciones hilarantes!...

Vict. — ¡Señora! ¡Es que...!

Gloria — ¡Silencio! ¡No admito alegatos! Resulta de que... así miran ustedes por la seriedad del establecimiento.

Pol. — ¡Fa!... Es que estábamos...

Gloria — Lo sé. Emitiendo sonidos inarticulados, vivos, penetrantes. ¡Ea! Cada cual a sus obligaciones. ¡Rosa!

Rosa — Señora...

Gloria — (Dándola la caja.) Vaya usted a entregar y en

seguida aquí. (Mutis Rosa segunda derecha.) ¿Ha venido la doncella de las de Cogollo?

Vict. No, señora.

Gloria Cuando venga, la entrega usted el vestido verde que está en el taller. ¿A ver? Pongan en orden esos maniquíes. (Se apresuran a cumplir la orden.)

ESCENA III

DICHOS y PAZ que sale con un papel de música en la mano izquierda y marcando los compases con la derecha.

Paz ¡Do!... ¡Re!... ¡Mi!... ¡Jesús, qué desentonada he amanecido!

Pol. (Aparte.) ¡Ay, ella!

Paz ¡Do!... ¡Re!... ¡Mi!...

Pol (Acercandose.) ¡Fa!... ¡Fa!...

Paz ¡Ay, si está aquí Polito! ¡Buenas tardes, Polito!

Pol. ¡Buenas tardes, señorita Paz! (Aparte) Dirige unas miradas que narcotizan! ¡Fa!...

Paz ¿Y papá?

Gloria Ignoro su paradero, hija. Resulta de que... salió esta mañana temprano y aún no ha regresado a comer.

Pol. ¡Fa! .. Puede que esté en el bar.

Gloria ¡Cierto! Quizás esté tomando el *apetitivo*.

ESCENA IV

DICHOS y NIEVES, vestida traje verde

Nieves ¿Dan ustedes su permiso?

Gloria Avanti, doña Nieves, avanti.

Nieves Traigo la declaración de guerra.

Gloria No será así puesto que satisfago el *ultimatum* Su traje está terminado.

Nieves ¿El granate o el gris?

Gloria El gris. Victoria, saca el crepúsculo. (Vanse Victoria y Petra.) Siéntese usted. Polo.

Pol. Señora.

Gloria Puede usted seguir con la contabilidad.

Pol. ¡Fa!... En seguida. (Aparte.) ¡Maldita sea! Aho-

ra que iba yo a insinuarme... (Vase por la primera derecha.)

Paz ¡Dios mío! ¿Será que no me expreso? (Viendo el papel.) ¡Do, re, mi! ¡Ay, pero qué desentonada he amanecido hoy! (Mutis por primera izquierda.)

ESCENA V

DICHAS, menos PAZ y VICTORIA.

Vict. (Saliendo.) El vestido. (Vase.)

Gloria Hélo aquí, doña Nieves. Mal está que yo lo diga, pero es una ofrenda en honor de la moda. Por él verá usted que la actual silueta femenina tiende a estilizarse y a corroborar mi aserto, viene el extraño drappe de la falda moderna.

Nieves Con éste me puede hacer juego el sombrero de piel.

Gloria ¿Qué dice usted? Las tocas y sombreros de piel han pasado a mejor vida. Apenas si se ven algunas de zibelina adornadas con chantilly negro o de chinchilla con airones de crozas grises.

Nieves Procuraré arreglar el del invierno pasado, porque otra forma no me compro. Son ya demasiados gastos en trapos, doña Gloria. Si a usted la parece, pasaremos a probarlo.

Gloria Que me place. Creo que esta vez quedará usted contenta.

Nieves Lo estoy. Muy sencillo y muy elegante.

Gloria Es mi lema. Sencillez es elegancia; más que elegancia, encanto. (Deja paso a Nieves, que entra en el cuarto de prueba.)

ESCENA VI

GLORIA y PEDRO. Que entra dando un enorme traspiés por efecto de los cuadros que trae, y en el momento en que Gloria se dispone a seguir a Nieves. Queda Pedro parado en el centro de la escena.

Gloria (Volviéndose asustada.) ¡Jesús!

Pedro ¡María y José!

Gloria Pe... Pedro... Pero... ¿eres tú?

Pedro No puedo asegurarlo, pero me parece que sí.

Gloria ¡Dios mío! Pero... en qué estado.

Pedro De sitio completamente.

Gloria Pedro, habla, explícate. ¿Qué significa tu repentino surgir, portador de innúmeras producciones pictóricas?

Pedro (Aparte.) Lo que me temía. Las explicaciones.

Gloria Vamos, habla. Me tienes confusa. ¿De dónde proviene eso?

Pedro Pues... verás... verás... De un saldo. ¡Eso es! Un saldo... que está haciendo un amigo mío... pintor él... ¡eso es!

Gloria ¡Vamos... que te da ahora por adornar la casa!

Pedro Justo. Que me da...

Gloria Y bien, Pedro. Pasemos por alto la procedencia del adorno, que eso no incumbe.. Pero... resulta de que. . no cabe en mi cerebro cómo lo has traído tú mismo, habiendo como hay mil medios de transporte.

Pedro (Aparte) ¡Musas, iluminadme! (Alto y adquiriendo un gesto trágico.) ¡Ah!... ¡Si supieras!

Gloria Me atemorizas.

Pedro (Con misterio.) ¿Ves esto que parecen cuadros? Bueno .. Pues no son cuadros. Es decir... sí son cuadros, pero. . no son cuadros.

Gloria ¿En qué quedamos?

Pedro En que... (Aparte.) ¡Musas! (Alto.) En que sí... Pero entre ellos .. hay uno. (Coge uno de los cuadros y se lo muestra.) ¡Este! ¿Qué ves en él?

Gloria (Después de mirarle un rato.) ¡Nada!

Pedro (Aparte.) Yo tampoco. (Alto y con misterio.) Pero... ¿qué ves pintado?

Gloria Un regimiento de soldados escoceses defendiendo una trinchera.

Pedro Bueno, pues no hay tal. Es decir, sí. El cuadro es así y se titula «El Ataque». (Con mas misterio.) ¿Pero no ves más en él?

Gloria Me alarmas, Pedro. Fuera de lo dicho, yo no veo aquí más que un trozo de tela pintarrajeada.

Pedro ¡Desgraciada! Esto que para tí es un simple trozo de tela pintada, para mí es una fortuna. Ven aquí. ¿No te recuerda este cuadro al National Galleri de Londres? ¡Una joya artística!

Gloria Qué sospecho, Pedro. ¿Por ventura robado al citado museo?

Pedro (Con énfasis.) ¡¡Robado!! (Aparte.) No tengo vergüenza. (Alto.) ¿Lo comprendes ahora? Una joya de valor inestimable que yo he adquirido por unas míseras monedas. ¿Ves ahora claro el motivo de no confiar a nadie los cuadros?... ¿Lo ves? (Aparte) ¡Gracias, musas!

Gloria (Desconsolada.) ¡Lo veo! Pero resulta de que... ¡más quisiera no verlo, Pedro! No estoy tranquila, no. No quiero verte en negociaciones turbias. Ese cuadro lo iré a entregar yo misma a la justicia. ¡No quiero pensarlo si se descubriera! ¡La aprehensión, el proceso, el trágico banquillo!...

Pedro Pero, mujer... considera... si aquí le podremos esconder.

Gloria Holgárame yo en ello si no fuera un cuadro célebre.

Pedro Bien, mujer. Es que yo también... exagero algunas veces. El cuadro es célebre, sí; pero lo sabe muy poca gente... vamos... una celebridad anónima, ¿comprendes?

Nieves (Se oye dentro la voz de Nieves.) Gloria, Gloria

Gloria Soy con usted. (Bajo a Pedro.) ¡Pedro... reserva!... (Hace mutis con el índice sobre los labios.)

Pedro (Dando un resoplido.) Hasta ahora la cosa no va mal. La hecatombe va a ser cuando descubra el ajo, que lo descubrirá.

ESCENA VII

PEDRO y GERVASIO por la derecha.

Ger. Salud.

Pedro ¡Agua! (Acercándose a la estufa y cogiendo las tenazas.) Hombre, no le introduzco a usted un ascua en el estómago, por aquello de que el vacío es incombustible. ¿A usted le parece bien lo que ha hecho conmigo?

Ger. (Sorprendido.) ¿Qué he hecho?

Pedro Nada. Convertirme en museo el domicilio. Y menos mal, si hubiera usted sido prudente en elegir tamaños. Porque, vamos a ver, ¿quiere usted decirme qué hago yo con esto?

(Le muestra el paisaje de extraordinaria longitud indicado en el primer acto.)

Ger. ¡Hombre, por Dios! Parece mentira, ¿no sabe usted qué pueblo es ese?

Pedro Ni me hace falta

Ger. Una vista panorámica de Romanones; la villa más importante de Guadalajara. ¡Ciento treinta y dos vecinos!

Pedro Me deja usted absorto. Yo ya sabía lo largo que era Romanones, pero no lo creía tanto. Excusodecirle a usted sí se le ocurre al pintorcillo ese pintar a los ciento treinta y dos vecinos sacando las cédulas.

Ger. Bueno, yo no he podido hacer más para salvarle del compromiso. Ahora, ya puede usted figurarse a lo que vengo. La caridad, cuanto mas rápida, más meritoria.

Pedro ¡Eso es! Ahora váyase usted, y cuando venga ese *pintagorilas* veremos quién le recibe.

Ger. Que a mí no me meta usted en más líos, ¿eh?

Pedro (Tierno) ¡Joven valenciano, por la memoria del Cid Campeador, no me abandone usted... quédese! Mire usted que si viene ese hombre, descubre que yo soy Castilla y que usted no llega ni a un humilde Cebolleta de los Rubios, la destrucción de Reims fué un pim, pam, pum, comparado con lo que aquí se va a desarrollar.

Ger. ¿Pero quiere usted acabar de una vez y explicarme lo que sucede?

Pedro ¡Joven salvador, no intente usted averiguar algo, que tendrá un epílogo lovainesco; quédese.. ¡Todo está pagado!... Usted es Castilla, ¿comprende?

ESCENA VIII

DICHOS y ANGEL por la derecha

Angel (Desde la puerta, dirigiéndose a Gervasio.) ¿Da usted su permiso?

Pedro Adelante. (A Gervasio) ¡Usted, usted!

Ger. A... adelante. (Aparte.) De aquí salimos en embutido.

Pedro (Aparte.) ¡Pedro, valor! (Pausa. Quedan todos mirándose y en situación embarazosa.)

Angel (Decidiéndose a romper) ¿Examinando los cuadros, eh?

Ger. Sí. Sí, señor. Examinando. Ahora precisamente pensaba colgarlos. De eso estábamos hablando, ¿verdad? (Se dirige a Castilla.)

Pedro Justamente. Y como aquí.. el señor Castilla es tan ciego por el arte pictórico, me decía traiga usted, quiero examinarlos antes de suspenderlos.

Ger. Cierto. Y para ver el tamaño, ¿sabe usted? Porque como dispongo de tan poca pared...

Angel Por poca que sea. Yo mismo los colocaré; verá usted cómo encontramos lugar para todos.

Pedro (Aparte a Gervasio.) No lo consienta usted.

Ger. Señor Rubio, esa sería una molestia, que no debo consentir, ¡ea! No quiero entretenerle más Cuando usted guste arreglaremos a cuentecita, ¿eh?

Angel (Aparte.) Paga, hay que estar amable. (Alto y con decisión.) Señor Castilla me ofende usted. Yo no saldré de aquí sin haber colocado hasta el último cuadro.

Pedro Es que yo no lo consentiría, ¿para qué estoy yo aquí? ¡No faltaba más!

Angel (Riéndose. ¿Usted, con el peso que tiene y en una escalera? Se cae usted (Coge varios cuadros.)

Pedro ¡Pero qué me voy caer, hombre, qué me voy a...!

ESCENA IX

DICHOS, GLORIA y NIEVES que sale del cuarto de prueba. Está con el traje gris.

Pedro (Viendo a Gloria.) ¡Me he caído!

Gloria (Dándoles la espalda y hablando con Nieves) A ver, cierre un poco el escote. Así. (Vuelve la cabeza y se sorprende al ver a todos. Hace una reverencia indecisa que le es contestada por Gervasio y Angel, en igual forma. El efecto de la escena que precede está en

la mímica. Lo que se advierte a los señores actores encargados de interpretarla.)

Pedro (Aparte.) ¿Para cuándo habrá hecho Dios las apoplegías fulminantes? (Hace señas a Gloria para que se marche, levantando el brazo derecho a la altura de la cabeza y cerrándolo sobre el hombro izquierdo.)

Nieves (Saliendo.) Sería mejor ver el efecto en el espejo grande.

Pedro (Viendo a Nieves y entusiasmado.) ¡Buena mujer, buena, buenaaa!... (Sigue haciendo señas a Gloria, pero sin perder de vista a Nieves.)

Gloria (Aparte.) ¿Qué veo? Estos hombres con los cuadros en la mano. ¿Serán policías de Londres? ¿Se habrá descubierto algo?

Nieves Yo opino que es un poco largo de mangas. (A todas las observaciones de Nieves contesta Gloria con monosílabos y sonrisas forzadas, debido a la preocupación que tiene al ver a Gervasio y a Angel. Nieves queda cortada y formula las preguntas con timidez.)

Ger. (Aparte a Pedro.) ¿Es esa su señora?

Pedro (Distraído, viendo a Nieves y haciendo señas a Gloria.) Sí, señor, y de usted. Digo, no sé lo que me digo.

Angel (Dirigiéndose a Gervasio.) Señor Castilla.

Pedro (Aparte.) ¡Arrea!

Angel (Insistiendo al ver que Gervasio no le hace caso.) Señor Castilla.

Ger. (Aparte a Pedro.) ¿Contesto?

Pedro No. (Viendo a Gloria y reflexionando.) Digo, sí; pero no.

(Gervasio mira alternativamente a todos los persónajes y al cruzarse su mirada con la de Angel, éste le hace señas y le dice.)

Angel ¿Eh?

(A las que Gervasio contesta con sonrisitas)

Ger. (Aparte.) Firmamento, ¿qué haces que no te hundes?

Angel (Por Gervasio.) ¿Estará sordo? (Va decidido hacia él y le da un golpe en el hombro, al tiempo que grita.) ¡Señor Castilla!...

Ger. (Estremeciéndose y contestando a viva fuerza.) ¡Ah! ¿Yo? (Queda hablando con Angel en voz baja. Pedro se coloca detrás de Angel y sigue haciendo señas a Gloria.)

Gloria (Aparte.) Verdaderamente es extraño. Oigo atender a ese hombre por el apellido de mi esposo, y éste sin contestar ni darse por enterado.

Angel (En tono autoritario a Pedro, a quien sorprende haciendo las señas a Gloria.) ¿Pero qué hace usted, hombre?

Pedro ¡Pst! Gimnasia sueca.

Angel (A Gervasio.) Cuando usted guste, señor Castilla, procederemos a la colocación de los cuadros. Empezaremos poniendo estos en la sala.

Ger. (Encogiéndose de hombros.) ¡Bueno! (Aparte). ¿Dónde estará la sala?

(Castilla, que se ha colocado entre los dos grupos, hace señas a Gervasio, marcándole el mutis por la izquierda y a Gloria por la derecha.)

Nieves (A Gloria.) Pasaremos al espejo grande. ¿No opina usted? (Va hacia la derecha y Gloria se limita a seguirla, comprendiendo las señas de Castilla. Aparte.) Pues señor, ¿qué les pasará?

(Todos hacen mutis, mirándose unos a otros, pausadamente y con indecisión. Una vez hecho, Castilla, que estará como se indica, entre los dos grupos y de espaldas ante un sillón, se dejará caer sobre él, rendido por la fatiga y enjugándose el sudor con un pañuelo).

Pedro ¡Aquí... aquí quisiera yo ver a Napoleón! (Transicion.) Y... la clienta... está buena... Buenaaaa...

ESCENA X

CASTILLA y GLORIA, que sacando primero la cabeza con precaución, entra sigilosamente, se coloca detrás de Castilla sin ser vista por él y le aproxima los labios al cído).

Gloria (En el trayecto de la puerta al sillón. Aparte.) ¡Me domina la impaciencia. (A Castilla.) ¿Son los de Londres?

Pedro (Estremeciéndose y reflexionando después.) ¿Qué Londres?

Gloria ¡Pedro, por Dios!... El que riega el Támesis.

Pedro ¡Ah!... ¡Sí!... ¡Londres!... ¡La capital de Inglaterra!

Gloria Me refiero al cuadro.

Pedro ¿Qué cuadro? (Gloria le enseña el del «Ataque».) ¡Ah!... ¡No, mujer!... ¡Qué cosas tienes! (Aparte.) ¡Pues ya no me acordaba!

Gloria En ese caso... ¿Quiénes son esos desconocidos, al menos para mi?

Pedro (Aparte.) ¡La preguntita es de fiscal!

Gloria Me impacientas.

Pedro (Aparte.) Musas... ¡Otra manita!... (Alto.) Pues verás... Ese que estaba allí... (Señala el lugar donde estaba Angel.) El de la chalina... Ese, repito, es el pintor, mujer. El que me ha vendido los cuadros. ¡Parece mentira que no se te haya ocurrido!... ¡El pintor!... ¡Si está bien claro!

Gloria ¡Bien, bien! ¿Y el otro?

Pedro (Aparte.) ¡Adiós! (Alto.) ¿Cuál?

Gloria ¡El otro!

Pedro ¡Ah!... ¡Sí!... ¡El otro!... ¿Te refieres naturalmente al que se hallaba a mi lado?

Gloria Sí, sí.

Pedro El de... traje color café...

Gloria ¡Ese, ese!

Pedro Que lleva una corbata verde...

Gloria ¡Justo!

Pedro Con unas pintitas así..

Gloria ¡Oh! Basta Pedro. No más divagaciones. ¡El otro! El que se apellida como tú y al que, por lo visto, la coincidencia de apellidos u otras cosas que prefiero ignorar, le dan autoridad para disponer de tu domicilio. En suma, que quizá valido de algún derecho, tiene la osadía de suplantarte ante tí mismo.

Pedro (Grave.) ¡Gloria!... ¡Acabas de tocar mi fibra sensible! ¡Me has ofendido! Suplantarme a mí... y en mi presencia...

Gloria En tal caso... ¿Quién es?

Pedro ¿Que quién es? (Aparte.) ¡Musas! (Antes y después de meditar un instante cogiéndola de la mano y llevándola a un extremo.) ¡Desgraciada!... ¿No lo comprendes?

Gloria Cada vez menos. ¿Quién puede ser? (Queda en actitud interrogativa.)

Pedro (Aparte.) Eso .. ¿Quién puede ser? (Mira al cielo en actitud suplicante. Después de una ligera pausa, y como iluminado por una idea.) ¡No puede ser más

que uno!... En mi casa... y con mi apellido... uno nada más... ¡Mi hermano! (Aparte.) ¡Soy un canalla!

Gloria (Asombrada.) ¿Tu hermano?

Pedro (Recalcando.) ¡Mi hermano!

Gloria Pero, Dios mío .. ¿Cómo... puede ser eso?

Pedro (Aparte.) Lo mismo preguntaría mi papá. (Alto.) ¡Mujer!

Gloria Bien. No ahondemos. Que sobrado extensa es la superficie. Tienes un hermano. ¡Cosa muy natural!

Pedro ¡Claro!

Gloria Pero resulta de que... no encuentro los motivos para que me lo hayas ocultado en diez y ocho años de matrimonio.

Pedro (Con desconsuelo.) ¡Diez y nueve!

Gloria ¡Los que sean! ¿Por qué me lo ocultaste?

Pedro ¡Gloria!... Tú no has conocido hasta hoy a mi hermano, porque... no estaba aquí... ¡Eso es! Estaba en... (Aparte.) ¿Dónde estaría este ladrón? (Alto.) Estaba en Las Palmas. ¡Eso es! Y yo... quería ocultarte siempre su existencia... por razones muy poderosas ¡Eso es!

Gloria ¡No lo comprendo! ¿Qué hacía tu hermano en Las Palmas, que yo debiera ignorar?

Pedro ¡Oh! Es una historia muy triste... Este hermano... Este hermano que acabas de conocer... es... es el baldón de la familia.

Gloria ¡Jesús!

Pedro ¡Gracias!... ¡Gracias que creo que se ha regenerado! ¡Escucha! Mi pobre madre... viuda ella; tenía en Las Palmas un ingenio que constituía parte de su fortuna. Al tiempo de morir nos dijo: ¡Hijos míos!... Cuando yo no exista, es necesario que sepais conduciros. Uno de vosotros se quedará con la casa de modas; el otro marchará a Las Palmas, con objeto de administrar el ingenio. ¡Murió! Y nos dispusimos a cumplir su voluntad. ¡Sorteamos!... Y a mi hermano... le tocaron Las Palmas. Allá marchó... ¿Pero tú crees, Gloria, que se condujo como debía? (Trágicamente.) ¡No! Lejos de vivir allí económicamente, se entregó a todo género de placeres, se rodeó de costosas comodidades y pronto se popularizó allí su lujoso tren. ¡Qué tren!

Pero no paró ahí. ¡Jugó! Jugó mucho... y claro... ¡perdió! Primero perdió el ingenio, más tarde perdió el tren y llegó a la última miseria. Yo me enteré de todo y renegué, Gloria; ¡renegué del hermano maldito, que tan mal supo conservar la limpidez del apellido que nuestro padre nos legara. (Aparte y paseándose por la escena.) ¡Me parece que me ha salido bastante decentito!

Gloria ¡Qué horror!

Pedro ¡Horroroso!

Gloria ¿Y ese monstruo está aquí?... ¿En nuestra casa?

Pedro ¡Aquí! Pero me ha expuesto su leal propósito de regeneración.

Gloria ¡Pedro!... Nunca fuí egoísta, y al admitir a tu hermano en nuestra casa, aplaudo tu proceder. Eso es noble.

Pedro ¡Le perdono! ¡Pero... ay, de él si vuelve a las andadas!

Gloria (Abrazándole.) ¡Hombre generoso! Deja que bese la frente donde nació tan laudable idea. (Al tiempo de besarse les sorprende Gervasio, que sale por la izquierda.)

ESCENA XI

DICHOS y GERVASIO, que al sorprenderlos se vuelve de espaldas.

Ger. ¡Pu...ñales! (Tose.)

Gloria (Aparte.) ¡Sí que ha estado extemporáneo! (Alto a Castilla.) Pobrecillo. Es digno del perdón. Trae el arrepentimiento grabado en el rostro. (A Gervasio.) ¡Acércate... infeliz!

Ger. ¿Es a mí?

Gloria Sí. (Gervasio se acerca.) ¡Lo sé todo!

Ger. (Indeciso.) ¿Sí, eh?

Gloria ¡Sí!... ¡Todo! Y no está en mi ánimo vituperarte. (Sentenciosa.) Sobrado castigo tienes con el conocimiento de tus pasadas culpas; que ellas te sirvan de provechosa lección para lo venidero y no olvides nunca que el sincero arrepentimiento es el tupido velo que cubre, que anula, digámoslo así, los borrones que

echara en el alma una vida azarosa, sumida en el abismo de la abyección.

Ger. (Que desde el principio del párrafo se ha quedado estupefacto.) Pero...

Gloria ¡No intentes disculparte!... ¡Esta es tu casa! ¡Hermano!... ¡Abrázame! (Gime. Gervasio, cada vez más sorprendido, mira a Castilla, sin decidirse a abrazar a Gloria.) Hermano. ¡Abraza! (Gervasio se decide.)

Pedro (Interponiéndose y evitando el abrazo). ¡No más emociones!... ¡Caramba!

Gloria ¡Es verdad! ¡Ea! Voy con doña Nieves, que la he dejado sola ante el espejo grande. (En el trayecto, hasta la derecha, se enjuga los ojos con el pañuelo.) ¡Tonta de mí!... ¿Pues no estoy llorando? (Mutis por la primera derecha.)

ESCENA XII

PEDRO y GERVASIO

(Una vez que Gloria ha hecho mutis, quedan los dos frente a frente un instante. Gervasio, absorto y recorriendo la estancia con la vista, cruza después su mirada con la de Castilla.)

Ger. ¡Bueno, mire usted! ¡Esto ya pasa de castaño oscuro!

Pedro (Poniéndose serio.) Diga usted más bien, que ha llegado a ébano, pollo.

Ger. Ahora mismo me da usted lo prometido y me marcho. No estoy dispuesto a tolerar más bromas.

Pedro (Deteniéndole.) Joven. Ahora menos que nunco. Mi mujer ha oído a ese pintamonas llamarle a usted por mi apellido. Como es natural, me ha pedido explicaciones, y yo... la he tenido que decir que era usted un hermano que tenía yo en Las Palmas.

Ger. ¡Bien, hombre! Por lo visto usted se ha propuesto servirse de mí para todos los líos que se le ocurren.

Pedro Nadie tiene la culpa más que usted.

Ger. ¿Yo? ¡Hombre, tiene gracia!

Pedro ¡Sí, pollo, sí! ¿A qué negarlo? Todo lo que

tiene usted de simpático, lo tiene de inoportuno. ¿Qué le vamos a hacer? ¡Mala suerte! ¡Vamos a ver! ¿Ahora a qué ha venido usted?

Ger. Por más cuadros para colgarlos. Y a que me diga usted por dónde se va a la alcoba, que a ese hombre se le ha metido en la cabeza poner un Cristo al óleo en la cabecera de la cama, y no sé llevarle. Le he tenido que decir que nos habíamos mudado ayer por la tarde y que no tenía práctica en andar por la casa.

Pedro ¿Y qué espera, hombre de Dios? Lléveselos en seguida, si no es capaz de presentarse él aquí y tenemos otro numerito de varietés.

Ger. (Cogiendo los cuadros que le da Castilla.) Pero bueno; explíquese usted...

Pedro (Empujándole.) ¡Corra, hombre, corra! ¡Ahora vamos a detenernos en explicaciones!

Ger. ¡La alcoba, hombre, la alcoba!

Pedro Por el pasillo de la izquierda, la primer puerta a la derecha. (Empujándole hacia la segunda izquierda.) Ande, hombre, ande. (Mutis Gervasio.) Señores... ¡Esto es para hacer sudar a un esquimal! Y la culpa de todo esto la tiene Peláez; ese maldito Peláez, al que permita Dios se le caiga la lengua y tenga que ganarse la vida cerrando sobres.

ESCENA XIII

PEDRO CASTILLA y una DONCELLA

Donc. (Entrando por la segunda derecha.) ¡Buenas tardes!

Pedro (Volviéndose.) ¡Buenas! (Aparte.) ¡Buenaa! ¡Buenaaaa!...

Donc. ¿Es aquí don Pedro Castilla?

Pedro (Galante.) Estás hablando con él, remonona.

Donc. Yo soy la doncella de las de Cogollo.

Pedro Sí, ¿eh? Pues pareces el cogollo de las doncellas.

Donc. ¡Muchas gracias! Y vengo por el vestido de la señorita Pilar.

Pedro ¿El vestido de la señorita Pilar? (Aparte.)

¿Qué vestido será ese? (Alto.) ¿Tú sabes qué vestido es, monísima? (La toca en la barba.)

Donc. (Dándole un manotazo.) No señor, pero me parece que es uno verde.

Pedro ¿Uno verde? (Mirando a todos lados.) Pues por aquí... no. ¿A ver? ¡Espera! (Entra rápidamente en el cuarto de prueba y sale con el vestido de Nieves.) ¿Será éste?

Donc. A mí no me pregunte usted; yo sólo sé que es verde.

Pedro Entonces es éste. (Dándoselo.) ¡Toma, monada! ¿Hace mucho tiempo que sirves a las de Cogollo?

Donc. Va pa tres meses.

Pedro ¡Hay señoras con suerte! (Aparte.) ¡Está que adormece! (Vuelve a tocarla la cara.)

Donc. (Dándole un manotazo más fuerte.) ¡Bueno! ¿No tengo que decirle nada a mi señorita?

Pedro Sí, riquísima. Que tiene una doncella que anestesia.

Donc. Es usted muy guasón.

Pedro Guasón, ¿eh? (Acercándose mucho a ella.) Tú no sabes el mordisco que te daba en el cuello si no fuera hoy vigilia.

Donc. ¡Vaya, vaya! Adiós.

Pedro Adiós, fragmento de gloria. Espresiones a las de Cogollo. (Mutis Doncella.) ¡Buenaaa!...

ESCENA XIV

PEDRO CASTILLA y GLORIA, que sale por la primera derecha. De espaldas a escena y simulando que habla con Nieves

Gloria ¡El efecto es sencillamente precioso! En el cuarto de prueba puede desnudarse. (A Castilla.) ¡Pedro!... ¡Qué contenta estoy!

Pedro (Volviéndose rápidamente.) Sí, ¿eh? Yo también estoy contento no creas.

Gloria Qué feliz víspera del santo de nuestra hija, y qué alegrón va a experimentar cuando conozca a su tío.

Pedro (Socarrón.) ¡Menudo alegrón!

Gloria ¡Pedro!... ¿Qué quieres? A mí estas emociones me rejuvenecen. ¡Qué bueno eres! (Le echa los brazos al cuello.)

ESCENA XV

PEDRO CASTILLA, GLORIA, NIEVES, VICTORIA y ANGEL
Estos tres últimos salen al mismo tiempo por la primera derecha y primera y segunda izquierda respectivamente

Angel ¡Sopla!
Nieves ¡Jesús!
Vict. ¡Aguanta! (Los tres se vuelven de espaldas al mismo tiempo.)
Gloria ¡Qué abrazo más desafortunado!
Pedro Creo que no tuvo tantos testigos el de Vergara.
Nieves (A Gloria.) Señora... Voy al... cuarto de prueba... ¿verdad? (Aparte.) ¡Qué cosas más raras pasan aquí! (Vase.)
Pedro (Aparte.) ¡Qué mujeraza!... ¡Suculenta!
Vict. ¡Señora!... Que si hacemos jaretas en la sobrefalda.
Gloria ¡Qué jaretas más inoportunas! ¡Voy allá, mujer! ¡Como yo no esté en todo!... Es que no se las ocurre nada. ¡Qué cerebros más infructuosos e inanimados! (Mutis por la primera izquierda.)
Vict. ¡Demonio con los abuelos! .. Y cómo accionan. (Acciona marcando un abrazo. Hace mutis tras de Gloria por la primera izquierda.)

ESCENA XVI

PEDRO CASTILLA y ANGEL

Angel (Poniéndole a Castilla una mano sobre el hombro.) ¡De modo que .. Castilla colgando cuadros y usted... (Acciona repetidamente el acto de abrazar.) pasando el rato!
Pedro Pero, hombre, si no le dejan ustedes vivir a uno.
Angel ¿Quién más vivo que usted? Le mando por unos cuadros y resulta...
Pedro Sí, resulta de que...
Angel (Severo.) Resulta que abraza usted a la espo-

sa del parroquiano. (Transición.) ¡Y qué!... ¿Hay combina?

Pedro ¡Pst!... ¡Un poco!... Lo que pasa, ¿sabe usted?... Una chapucilla nada más... ¡Que no tiene uno mal ver!...

Angel ¡Muy bonito!

Pedro ¡No, bonito no!...: Tipo.

Angel ¿Y si sale el marido?

Pedro Pues... (Hace ademán de dar una bofetada.) Pues... que hay golpes...

Angel Pues no veo el motivo de exponerse a eso y más por una jamona tan cursi.

Pedro ¡Oiga, oiga!

Angel ¡Basta! Coja esos cuadros, que hay prisa.

Pedro (Cogiendo los cuadros y siguiendo a Angel.) ¡Bien!... Pero... eso de jamona... y cursi está mal, ¿eh? (Vanse los dos discutiendo por la segunda izquierda.)

ESCENA XVII

NIEVES, sacando la cabeza por la puerta del cuarto de prueba y recorriendo la estancia con la vista

¡No hay nadie! ¿Pero quién se habrá llevado mi vestido? (Llamando.) ¡Gloria! ¡Qué extraordinario es todo lo que ocurre en esta casa! (Viendo la percha del fondo.) ¿Le habrán puesto ahí? (Sale del cuarto en enaguas y chambra cautelosamente y se dirige a la percha.)

ESCENA XVIII

NIEVES y PEDRO CASTILLA, que sale por la segunda izquierda mirando hacia el lugar de los cuadros

Pedro (Viendo a Nieves y sorprendiéndose.) ¡¡Arrea!

Nieves (Aparte.) ¡Horror! (Cruzando las manos sobre el pecho.) ¡Caballero!... (Aparte.) Aquí no hay más recurso que desmayarse. (Alto.) ¡Ah! ¡Oh! (Cae en brazos de Castilla.)

Pedro ¡Señora! ¡Señora! (Aparte.) Mi madre, qué desniveles. (Alto.) ¡Señora... que soy yo! (Aparte.) ¡Vaya, vaya un perímetro torácico! (Alto.) ¡Señora!... Qué pesada se pone usted. (La sienta en el vis a vis de la derecha.)

Nieves ¡Ah! ¿Dónde estoy?
Pedro En Madrid... y sobre un humilde servidor. Como si dijéramos, una miniatura del Vesubio.
Nieves (Suplicante.) Retírese, caballero... y avise a Gloria.
Pedro (Haciendo contorsiones.) ¡Retirarme! ¡Jamás! (Aparte.) ¡Ay! ¡Que me da... que me da... que me da! .. (Saca el termómetro y se lo aplica.)
Nieves ¡Caballero! ¡Mi vestido! ¡Pronto!
Pedro (Acentuando las contorsiones.) ¡Aquí están ya!
Nieves (Alarmada.) ¿Quienes?
Pedro ¡Los ardores! ¡Ay!... ¡Ay!... ¡Ay!...
Nieves Pero por Dios, ¿qué le pasa? ¿Se pone malo?
Pedro ¡Gravísimo!
Nieves Mi vestido. Mi vestido, que me marcho.
Pedro (Mira el termómetro y da un grito.) ¡Cuarenta y uno!... Agua, agua que me incendio.
Nieves ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Ay! ¡Ay! (Cae Castilla sobre la «chaise-longue», se descubre el pecho mostrando un chaleco interior de bayeta amarilla y Nieves cae también. Esta vez desmayada de verdad. Castilla se acerca a ella haciendo contorsiones.)

ESCENA XIX

PEDRO CASTILLA, NIEVES y en tropel ANGEL, GERVASIO, VICTORIA, POLITO, PETRA, PAZ y GLORIA

Todos ¿Qué pasa? ¿Qué sucede? (Todos les rodean.)
Angel Pero, hombre, ¿otra vez?
Gloria ¡Horrible sospecha! ¡Ay, me ahogo!
Paz Papaíto. (Se acerca a Castilla.)
Pol. (Acercándose a Paz y viendo el chaleco de Castilla.) ¡Fa! ¡Fa! ¡Qué amarillo se ha puesto!

ESCENA XX

DICHOS y DONCELLA, entrando resueltamente por la derecha

Donc. ¡De parte de las de Cogollo que este no es el vestido!
Gloria (Viéndole.) ¡Claro! ¿Pero qué lío es este?
Angel Qué líos son estos, querrá usted decir.

Nieves (Volviendo en sí.) Mi vestido, mi vestido. (Gloria se lo entrega.)

Pedro (Viendo a la Doncella.) ¡Buena! ¡Buena! ¡Buenaaa!... (Queda Gloria sollozando al ver la situación de su marido. Paz y Polito mirándose tiernamente el uno al otro. Angel en actitud amenazante para Castilla. Gervasio embobado y Petra y Victoria haciéndose cruces y cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala interior de la casa particular de Castilla. Puerta al fondo que da a un pasillo. Puertas en lateral izquierda. Una en la primera derecha y en la segunda un balcón. Entre éstos, practicables, una estufa. Un biombo en último término izquierda. Una mesa en el centro. Un sofá de rejilla en primer termino derecha y ante la estufa. Sillas, etc. En las paredes, colgados, los cuadros indicados en actos anteriores. El de «El Ataque» a la derecha.

ESCENA PRIMERA

PEDRO CASTILLA

(Al levantarse el telón se oirán los timbres de las habitaciones interiores. Victoria y Petra cruzarán la escena varias veces y rápidamente, con tazas, teteras, frascos, cucharillas, etc. Sale Castilla por la primera derecha, con una factura en una mano y un pañuelo en la otra, que se llevará a la cabeza repetidas veces.

Pedro (Leyendo la factura.) Puré de langosta, una cero, cero. Una de cubiletes a la indiana, una setenta y cinco. Idem de frito a la buena sombra, una cincuenta. Una de escalopes, dos cero, cero. Otra de escalopes, dos cero, cero. Queso, flan, frutas... (Continúa musitando.) ¡Total... Diez y nueve cincuenta! Nota: los «ordubres» que no aparecen en la suma anterior, importan tres pesetas. (Se guarda la factura y pasea la escena.) Este hermano es mi ruina.

ESCENA II

PEDRO CASTILLA y GERVASIO, por la primera izquierda, encendiendo un puro. Tiene todas las apariencias de un ser satisfecho.

Ger. ¡Hola, gran hombre! ¿Qué hay, qué hay?

Pedro (Incomodado.) ¿Que qué hay? ¡Veintidós cincuenta, con los «ordubres»! ¡Usted dirá si esto se puede tolerar! Y para mayor escarnio, mire usted. (Le enseña la cabeza.)

Ger. ¡Buen chichón! ¿Y cómo ha sido eso?

Pedro ¿Que como ha sido, eh? Si tuviera usted vergüenza, no lo preguntaría. Los botones del café que han traído la factura. ¡Usted qué sabe! ¡Qué manera de exigir la propina!

Ger. Ya sé quién ha sido: Eustaquio. Es muy bruto.

Pedro Uno que tiene la cabeza como un melón. Y yo que soy muy curioso, cuando les vi tan exigentes, me acerqué a ese Eustaquio y le pregunté que si le hacían las gorras en una fábrica de toldos ¡Mire usted, oir lo de los toldos y dibujarme esta prominencia en el parietal, todo fué uno! Y todo por usted. ¡Esto ya es insoportable! ¡Tener yo que aguantar por su culpa hasta que me peguen dos botones!...

Ger. Es que anoche no llevaba suelto.

Pedro Si fuera esto sólo, menos mal. Pero ahora la factura, esta mañana seis barras de cosmético. Ayer un pantalón de kaki... ¿Quíere usted decirme para qué se ha comprado esa prenda en pleno Enero?

Ger. Tomo ejemplo de la hormiga de la fábula, que hacía provisiones para el invierno. Yo las hago para el verano.

Pedro Sí; pero la hormiga de la fábula no le pasaba la cuenta a nadie Por supuesto, que mañana sale usted pitando para Valencia, en el primer tren.

Ger. ¿Yo? Como que creerá usted que los malos ratos que me ha hecho pasar no me los

paga. Además... si no fuera por mí... ¿Dónde estaría usted?

Pedro ¡En la gloria!

Ger. En la gloria precisamente, no. Pero vamos... en el otro mundo, puede que sí. El pintamonas, como usted le llama, se hubiera encargado...

Pedro No me hable usted de él, que me dan ardores. (Gervasio se ríe.) ¿Pero de qué se ríe usted?

Ger. ¡Que me ha recordado usted el ataque de ayer! Fué un suceso.

Pedro Pero... (Confidencialmente y mirando a todos sitios.) ¿Se fijó usted qué mujer?

Ger. ¡Abracadabrante!

Pedro Es un mapa de la guerra. La mira usted por delante y... (Se marca una curva desde el cuello al vientre, con ambas manos.) Los Vosgos. Pues... ¿Y por detrás? (Marca en el aire un círculo con las manos.) El Woevre.

Ger. Y qué... ala izquierda... y qué... derecha... y...

Pedro Pero amigo. Vinieron los hulanos.

Ger. Pero usted... bien se defendía... bien.

Pedro Como que había tela...

Ger. No. Tela había bien poca. ¿Y de su señora, qué me dice usted?

Pedro ¡Que me tiene frito desde lo de ayer. Todo se le vuelve pedirme explicaciones. Yo, créame usted, no sé ya que inventar. Cada vez que me llama a su cuarto, tengo que ir gritando, viva España, para darme ánimos. (Se oye dentro la voz de Gloria. Pedro, Pedro.) ¡Adiós, más explicaciones! Joven.. Tenga usted compasión de mí. Váyase a Valencia, joven... ¡Que le estará echando de menos su mamá!

Ger. En serio. A usted le queda hermano para una temporada

(Óyese de nuevo la voz.)

Pedro (Gritando.) ¡Voy!... Voy sin alientos ni para limpliar un espejo. ¡Musas! (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA III

GERVASIO y JONES, por el fondo.

(Este Jones es un inglés perfectamente flemático. Alto, delgado, canoso y rasurado.)

Jones (Desde la puerta) ¿Mister Castilla?

Ger. (Aparte.) ¿Quién será? (Alto.) ¿Qué desea?

Jones ¿Usted ser Castilla?

Ger. Sí... ¡Castilla! ¿Qué desea?

Jones Mi arreglar cuentas con mister Castilla.

Ger. ¿Una cuenta?

Jones ¡Oh, yes! Cuenta importante.

Ger. (Aparte.) Dinero. (Alto.) Estoy a sus órdenes.

Jones Mi estar contento cogerle.

Ger. ¿Sí, eh? ¡Qué buen humor!... Ea... pues ya me ha cogido usted.

Jones (Cogiéndole de las solapas.) Mi batirse con usted.

Ger. (Asombrado y procurando desasirse.) ¿Eh?

Jones Mi ser esposo de española doña Nieves a quien usted ayer querer mucho. Mi enterado de todo. Mi defender honra esposa. Mi estar toda mañana, vuelto por arriba, vuelto por abajo, buscándole. Mi encontrarle. Mi batirse con usted hasta hacernos tortillo. (Pasea la escena con serenidad.)

Ger. (Meditando.) ¡Mi estar hecho un lío! Si yo digo que... si no lo digo...

Jones (Deteniéndose y entregándole una tarjeta.) Esta estar mi tarjeta. (Sigue paseando.)

Ger. (Leyendo.) Mister Jones Puding Sanwich. Fabricante de aguas gaseosas.

Jones Mi esperar su tarjeta.

Ger. (Con resolución.) Mire usted, señor Jones.

Jones (Corrigiéndole la mala pronunciación.) *¡Yon!*

Ger. Bueno, Yon, Yon... no soy Castilla.

Jones Mi no creer. Antes sí. Ahora no. Usted cobarde. Si usted no batirse, mi matarle. Usted explicarme.

Ger. Castilla... ¿sabe usted? Es el dueño de esta casa y es un sinvergüenza. De lo de ayer yo no sé nada. A mí no me gusta armar líos. Eso sí. Me consta que es muy aficionado

a las faldas. Pero.. A mí no me gustan líos, ¿eh?

Jones ¿Usted darme palabra que no ser Castilla?

Ger. Y la cédula. (Se echa mano al bolsillo.)

Jones Mi volver. Mi creer en su palabra.

Ger. ¡Vuelva! ¡Vuelva! Y dele, dele sin compasión; es un sinvergüenza.

Jones ¡Oh! Mi volver dentro de minutos.

Ger. Sí, usted batirse.

Jones Al right.

(Vanse los dos por el fondo.)

ESCENA IV

VICTORIA y después POLITO, por el fondo.

(Con gorra y envuelto en una bufanda. Trae dos paquetes en las manos. Suena el timbre y desde el interior se oye la voz de Gloria que grita fuerte. ¡Victoria Victoria!)

Vict. (Saliendo.) Va. Va en seguida. (Aparte.) ¡Qué nervios de señora! (Vuelve a oirse la voz.) ¡Va! ¡Señora, va!

Pol. (Que ha salido durante las últimas frases de Victoria.) Anda. Anda a tu obligación... ¡Fa! Como nos gusta perder el tiempo.

Vict. ¿Traes tú también los filamentos *alborotaos?* (Imitándole.) ¡Fa! ¡Fa! ¡Mi madre! ¡Mia que si tuvieras que ganarte el piri enhebrando agujas...! (Vuelve a oirse la voz.) ¡Va! ¡Va!

(Mutis por la segunda izquierda.)

ESCENA V

POLITO y PAZ, que sale por la primera izquierda con el papel de música en la mano y en la misma forma que se indica en el acto anterior.

Paz Do, re, mi... (Viéndole.) ¡Ah!... Polito... ¿Viene usted de la calle?

Pol. ¡Fa!... Sí, señorita... vengo de comprar la ropa que me encargó su papá para su tío.

¡Fa! (Aparte.) Estas entrevistas me ponen en estado gelatinoso.

Paz ¿Y qué ha comprado usted?

Pol. (Dejando el paquete pequeño sobre la mesa y deshaciendo el grande.) Pues... una camisa... una camiseta... y unos calzoncillos. (Va sacando todo lo que indica y lo deja sobre la mesa.)

Paz Creo que es de lo que ha venido mas flojo el pobre: de ropa interior.

Pol. ¡Y tan flojo! Si le viera usted la camiseta... El dice que es de lana blanca; pero a mí no hay quien me quite de la cabeza que es de caoba. Pues... ¿Y los calzoncillos? ¡Mi madre! Si en mi vida he visto más agujeros juntos. ¡Se conoce que en Las Palmas lavan la ropa con ametralladora! ¡Fa!...

Paz (Mirándole tiernamente) Consecuencias del celibato. Y... el otro paquete.. ¿Qué tiene?

Pol. (Azorado) El otro... ¿No se enfada usted?

Paz ¿Yo? ¿Por qué?

Pol. Es... es un regalo... ¡Fa!

Paz (Emocionada.) ¿Pa .. para quién?

Pol. ¡Fa!... ¡Fa!... ¡Fa!... ¡Para usted! (Paz intenta hablar en vano Polito después de titubear un momento.) No... no vale nada... ¿sa-be usted? (Desenvuelve el paquete pequeño y saca de él una estufilla eléctrica sobre la que hay unas tenacillas de rizar el pelo. Dentro de esta estufa habrá una bombilla roja que se encenderá a su tiempo: esto es, cuando Polito haga la conexión del hilo al enchufe que habrá entre el lateral derecha detrás del sofá de rejilla.) ¡Como es su santo!... ¡Un pequeño recuerdo!... Cualquier cosa... Pero... No vale nada. (Se la entrega.)

Paz ¡Qué curioso! Unas tenacillas de rizar el pelo sobre una estufa eléctrica. ¡Muchas gracias!.. Pero... ¿Por qué hace usted eso? Voy a enfadarme. ¿Le habrá costado a usted un dineral!

Pol. ¡Fa!... No... si... no vale nada.

Paz ¿Y cómo funciona?

Pol. Pues colocando el hilo transmisor en el enchufe es muy sencillo. (Coloca la estufa, encendiéndola, en el lugar indicado.) ¿Ve usted? (Aparece en la puerta Mister Jones. Paz, asustada, da un grito. Polito instintivamente esconde la estufa, dejándola encendida, debajo del sofá de rejilla.)

ESCENA VI

DICHOS y JONES, por el fondo.

Jones (Desde la puerta.) ¿Permiso? (Llama. Quedan todos suspensos.)

Paz (Mirándole.) Adelante.

Jones (Entrando.) ¿Mister Castilla?

Paz ¿Qué deseaba?

Jones Arreglar una cuenta.

Paz Espere usted un momento. Voy a avisar. (Hace mutis por la primera izquierda. Detrás mutis Polito.)

ESCENA VII

JONES y GLORIA

Gloria (Entrando por la primera izquierda y dirigiéndose a Jones.) El señor Castilla no está; pero es lo mismo. Yo soy su esposa.

Jones ¿Usted? ¡Desgraciada!

Gloria ¡Caballero!

Jones Yo sé por qué digo. Mister Castilla trata esconder. Mi encontrarle. Mi ser constante como buen londinense.

Gloria ¿De Londres? (Aparte.) ¡Cruel sospecha! (Mirando al cuadro del «Ataque».) Y... ¿qué .. deseaba?

Jones Hablar solas con él. Yo no querer dar a usted disgusto. (Pasea la escena y cuando va hacia el cuadro, Gloria se interpone llamándole la atención para que no le vea.)

Gloria Pero... ¿tan grave es lo que le trae a usted aquí?

Jones ¡Gravísimo!

Gloria (Aparte.) ¡Me lo llevan preso! (Alto.) ¡Caballero! .. Adivino el motivo de su presencia. ¡Dígamelo! Dígamelo sin reparo. ¡No tema! ¡Qué importa un sufrimiento más!

Jones Si usted saber algo, yo diré resto. ¡Mi enterarse del ataque!

Gloria ¡Usted es el del cuadro!

Jones ¡El del cuadro ser su esposo!

Gloria Lo comprendo. ¡Ah! (Cae sollozando sobre una silla.)

Jones ¿Ponerse mala?

Gloria ¡Oh! No le extrañe mi actitud. Hágase cargo de mi situación...

Jones Mi pesaroso de haber hablado.

Gloria (Reaccionando y levantándose rápidamente como iluminada por una idea.) Pero no. ¡Usted se hará cargo de mi dolor! ¡Usted será noble! ¡Sí! (Va rápida hacia la pared, descuelga el cuadro de «El ataque», se lo pone a Jones bajo el brazo y le empuja hacia la puerta.)

Jones (Asombrado.) ¡Mi no venir aquí por esto!

Gloria ¡Caballero! Lleva usted bajo del brazo la tranquilidad de un hogar. ¡Vuelva a su procedencia la causa de mi pena y olvide usted que ha estado en esta casa!

Jones Pero...

Gloria ¡Sí! ¡Lléveselo usted! (Vuelve a empujarle.)

Jones (Furioso del todo tira el cuadro y se adelanta al centro de la escena. *¡Oh, carrambas!* ¡Esto ser demasiado cuchufleto. Ser muy guasones en España. ¡Mi querer ver su marido! ¡Mi matarle! ¡Mi hacerle tortillo!

Gloria (Asustada.) ¡Este hombre está loco! (Gritando.) ¡Socorro! ¡Pedro! (Vase rápida por segunda izquierda.)

ESCENA VIII

JONES, POLITO y PEDRO CASTILLA

A los gritos sale Polito precipitadamente por la primera izquierda y a continuación Castilla, también alarmado, con un frasco de tinte, una toalla rodeándole el cuello y un cepillo de dientes

Pedro (A Polito.) ¿Qué pasa?

Pol. No sé... ¡Fa!... ¡Gritos!

Pedro Señores. ¡Ni el pelo se puede uno teñir con tranquilidad! (Por Jones.) ¿Quién es ese hombre?

Pol. Un inglés que le busca a usted. (Vase.)

Pedro ¿Otro? (Con indignación.) A ese Gervasio le voy a echar a patadas de aquí.

ESCENA IX

JONES y PEDRO CASTILLA

Pedro (Dirigiéndose a él valientemente, estirándose el chaleco. Es de suponer que el frasco lo habrá dejado en cualquier sitio.) ¿Qué desea usted?

Jones ¿Ser usted Castilla?

Pedro El propio.

Jones ¡Ah! ¡Por fin! (Cogiéndole de las solapas.) Mi buscar a usted. Mi encontrarle. Mi enterarse del ataque de usted con mi esposa. Mi saber lo que ayer ocurrió.

Pedro (Aterrorizado y desasiéndose.) Ha... haga el favor, que me deforma la americana.

Jones Mi saberlo todo. Usted ayer querer mucho mi esposa. Mi batirse con usted hasta hacernos tortillo.

Pedro (Aparte.) ¿De manera que... este pariente de la Gran Bretaña es el marido de la cliente?

Jones Usted contestar pronto. *Times is money.*

Pedro (Aparte.) ¡Sí, para camelitos estoy yo ahora! ¿Y qué contesto yo?

Jones Vamos.

Pedro (Decididamente.) Mi... no batirse. Yo no entiendo una palabra de eso. Además... a mí los duelos me ponen muy triste.

Jones Si usted no batirse, mi matarle. Piense, piense cinco minutos. (Pasea la escena.)

Pedro Y... sabrá usted que aquí están prohibidos los duelos.

Jones Del nuestro no enterarse nadie. Mañana por mañana, dos sables y sin testigos. A muerte. Aceptar desafío o matarle tiro. Piense, piense, cinco minutos. (Sigue paseando.)

Pedro Re... buzno... Oiga... ¿Y ha de ser a muerte precisamente?

Jones Sin remedio. Mi no querer primera sangre.

Pedro Bueno... dese usted una vueltecita, hombre, a ver qué decidimos.

Jones Mi no salir de aquí. Mi no soltarle. Piense, piense.

Pedro Es que yo ahora tengo mucho que hacer,

¿sabe usted? Voy... aquí al despacho. Además, tendré que hacer testamento. (Va hacia la derecha.)

'ones (Cogiéndole de un hombro y siguiéndole.) Mi con usted. Mi no soltarle.

Pedro (Haciendo mutis. Compungido.) ¡Me está bien empleado! ¡Por sinvergüenza!... Pero en realidad es triste... morir así... como un perro... ¡Sin belleza de gesto! (Mutis los dos.)

ESCENA X

GLORIA y VICTORIA

Suena el timbre de la puerta de la calle y atraviesa la escena Victoria, desde la segunda izquierda al fondo.

Gloria (Saliendo con precaución por primera izquierda y deteniéndola.) ¡Victoria! ¿Has visto si ha salido algún inglés?

Vict. ¿Qué inglés?

Gloria Un caballero con gabán, que estaba aquí antes.

Vict. No, señora; no le he visto. (Vuelve a sonar el timbre.) ¡Va! (Vase fondo.)

ESCENA XI

GLORIA, después VICTORIA y PURA

Gloria ¡Estoy que no vivo! ¡Este Pedro va a acabar conmigo! ¡Me mata! ¿Quién le mandará meterse en esas situaciones turbulentas?

Vict. (Saliendo.) Doña Gloria. Una señora que pregunta por don Gervasio. Dice que es su madre.

Gloria (Asombrada.) ¿Su madre? ¡Que pase! (Va Victoria al fondo, hace una seña y pasa doña Pura, que es una señora de edad; viste de luto y lleva un velo que la cubre la espalda, la cabeza y los piés.)

Pura ¡Señora! (Ligera inclinación.)

Gloria ¡Señora! (Se inclina y la ofrece una silla.)

Pura (Sentándose.) ¡Señora!... Perdone usted la libertad que me tomo al introducirme en esta casa a cuyos dueños desconozco. Pero el instinto maternal se sobrepone a las reglas de la etiqueta. Yo estoy radicada en Valencia, donde vivía con un hijo. (Triste.) ¡Es el único que me queda de dos que tenía!... ¡El otro!... Murió muchos años ha. (Reaccionando.) Y este hijo... hace cosa de un año que me abandonó, dejándome sumida en el mayor desconsuelo, supe que había venido a Madrid y aquí me tiene usted en su busca. Un amigo suyo... un tal Peláez... ¿No le conoce usted?

Gloria (Rápida.) Mucho. Personalmente, no, pero de nombre sí, porque mi marido no hace más que soñar con él y llamarle a gritos.

Pura Pues como decía... ese Peláez me dió las señas de un pintor y el pintor me dió las de esta casa, diciéndome que aquí estaba Gervasio. Total: que aquí me tiene usted en su busca.

Gloria Entonces... resulta de que... ¿usted es la madre de Gervasio?

Pura Servidora de usted.

Gloria Luego usted es... (Aparte.) Claro, la madre de Gervasio... la madre de mi marido... La madre de mi cuñado... ¡Mi suegra! Pero... (Alto) ¿Está usted segura de que es la madre de Gervasio?

Pura (Escamándose.) Me parece que sí.

Gloria ¿Y no tiene usted más hijos que ese?

Pura ¡Por el presente...!

Gloria ¿Está usted segura?

Pura ¡Vaya! (Aparte.) ¡Esta señora desvaría!

Gloria Pero... (Aparte.) Yo me vuelvo loca. (A Pura.) ¿Usted no se había muerto?

Pura (Aparte. Levantándose asustada.) ¡Ay, yo tengo miedo!

Gloria (Aparte.) Esto es inexplicable. (En voz alta.) Señora, antes de que usted vea a su hijo, creo conveniente prevenirle. Piense usted... así de pronto .. al cabo de los años... la emoción... Pase usted por aquí. (Hace mutis con Pura por la segunda lateral. Aparte.) ¡Qué sorpresa para Pedro!

ESCENA XII

DICHO y PEDRO CASTILLA, que sale por la primera derecha con gran precaución. Queda ante la puerta después de cerrarla

Pedro (Al público.) ¡Como un ceporro! Bendito sea el cura que bautizó al inventor del cloroformo. Era la única solución. Si no le aplico el pañuelito y le duermo... ¡tortillo!

Gloria (Saliendo por la segunda izquierda y dirigiéndose a Castilla con gran regocijo.) ¡Pedro!

Pedro (Llevándose el índice a los labios.) ¡Chist!

Gloria (A media voz.) ¿Y el inglés?

Pedro Arreglado.

Gloria (Emocionada.) ¡Pedro!... ¡Vive!

Pedro (Sorprendido.) ¿Quién vive?

Gloria La madre de Gervasio... ¡Tu madre!... Esta aquí... Ha venido a buscar a tu hermano...

Pedro (Aparte.) La madre de... (A Gloria.) ¿Mi madre? (Desvaneciéndose.) ¡Ay, mi madre!

Gloria Sí; la misma. (Aparte.) Le ha emocionado... Es natural... Y ahora dime: ¿es realidad cuanto sucede o es un sueño? A los diecinueve años de casados vengo a conocer a mi cuñado y a mi suegra. ¡Esto es increíble! Ayer sin ir más lejos, me digiste que tu madre había muerto. ¿A qué tal infundio? ¿Por qué negarme a personas tan sagradas? ¿Es que no soy digna de llamarme hija suya? Contesta... ¡No es ruego! ¡Lo mando! ¡Lo exijo!

Pedro (Aparte.) Aquí quisiera yo ver a Lope de Vega a ver qué se le ocurría.

Gloria Vamos, habla.

Pedro (Aparte.) ¡Musas! (Alto.) ¡Gloria! ¡Cierto, sí! Cierto que te oculté la existencia de mi madre, pero, ¡ah!... tuve mis razones. (Dramático.) ¿Tú sabes?.. ¿a qué se debe esa negativa? ¿Sabes a qué se debe esta indiferencia? ¡¡A ti!! (Aparte.) Veremos a ver por dónde salgo.

Gloria ¿A mí? ¡Explícate!

Pedro Escucha. (Aparte.) Vamos con el número setenta. (Alto.) Mi madre... ¿sabes? Se oponía

tenazmente a nuestra boda. Tanto, que al decirla yo que me casaba, me contestó: ¡Pedro!... ¡Elige! O el matrimonio... o tu madre! ¡Si te casas has muerto para mí y yo he muerto para ti!

Gloria ¿Tanto odio me tenía?

Pedro ¡Africano! Pero, ¿sabes, Gloria, sabes lo que yo la contesté? ¡Muero para ti! ¡Antes ella que nadie!

Gloria Con razón ha dicho ella que se le había muerto un hijo.

Pedro (Vivo.) ¿Ves? ¿Lo comprendes? Y por eso yo te decía que mi madre había muerto. (Aparte.) ¡Gracias, musas!

Gloria ¡Todo por mí!

Pedro ¡Por ti! (Aparte.) Soy un granuja.

Gloria (Tomando repentinamente una resolución.) ¡No! No debo consentirlo. ¡Esto debe terminar y terminará! ¡Verás! (Hace ademán de ir hacia la segunda izquierda.)

Pedro Pero... (Gloria se aparta.)

(Castilla trata, sin logarlo, de contenerla. Vase decidida y entra en la segunda izquierda. Al momento sale, trayendo de la mano a doña Pura, que asombrada, muestra en la cara la sorpresa de lo que le sucede. Quedan ambas paradas en el dintel de la puerta.)

Gloria (A Pura.) Míralo. (Señalándole a Castilla.) Ahí le tienes.

Pedro (Queriendo hacerse dueño de la situación. A Gloria atrayéndola.) Ya ves... ya ves cómo cumplimos nuestra palabra. Observa su frialdad. Nos vemos y como si no nos conociéramos. Ya lo ves...

Gloria (A Pura suplicante. Acercándose.) ¡Mamá!

Pura (Mirando asombrada a Castilla.) ¿Es a mí?

Gloria A ti, mamá. ¡Perdón para estos hijos!

Pura (Asombrada.) ¿Qué hijos?

(Castilla hace señas a Pura llevándose el índice a la sien y señalando a Gloria.)

Gloria (Señalando a Castilla.) ¡Héle aquí esperando tu indulgencia!

Pedro (Aparte.) ¡Dios mío! Cuánto mejor estaría yo en la línea de fuego. (Sigue haciendo señas a Pura.)

Gloria Este... aquél hijo que se te había muerto, no ha muerto, ¡vive!

Pura (Aparte.) ¿Pero qué dice esta mujer? (Alto.) Si yo no conozco a ese señor.

Gloria (Levantándose y yendo hacia Castilla.) ¿Oyes? ¡Aún dice que no te conoce!

Pedro (A Gloria, aparte.) Si ya te lo decía yo. ¿Ves... ves cómo no cede? ¡No me conoce! Bueno... es que yo también he cambiado mucho, ¿eh?

ESCENA XIII

DICHOS y PAZ que entra corriendo por la primera izquierda y se dirige a GLORIA

Paz ¡Mamá! ¡Mamá! Que vengo a que...

Gloria (Abalanzándose a Paz y colocándola ante Pura.) ¡Hija mía! ¡Hija mía! ¡Abrázala! ¡Es tu abuelita!

Pura (En el colmo del asombro.) ¿Eh? ¿Pero cómo dejan suelta a esta señora? (Corre hacia Castilla y le dice aparte.) Loca, ¿verdad?

Pedro Perdida.

Pura ¡Ay! Yo tengo miedo. A mí me va a dar algo. Me pongo mala. (Se reclina en Castilla y Gloria y Paz acuden en su auxilio.)

Pedro ¡Señora!

Gloria ¿Qué pasa? ¿Se pone mala?

Pedro (Aparte y sosteniéndola.) No está mala del todo, no. (Alto.) Llevarla a esa habitación y recostarla sobre el diván.

Gloria ¡Mamá!... ¡Mamá!... (Como lo que le da a Pura no es más que un vahido, puede caminar por su pie hasta la primera izquierda entre Gloria y Paz qua la sostienen.) ¡Pobrecilla! ¡La emoción al ver a su nieta! (Viendo a Paz y a Pura alternativamente.) Y cómo se parecen.

(Mutis por la primera izquierda Pura, Gloria y Paz.)

ESCENA XIV

PEDRO CASTILLA y después ANGEL

Pedro ¡Bueno! ¡Esto ya es verdaderamente horroroso! ¿Pero qué idea le habrá dado a esa pobre señora de venir a esta casa?

Angel (Que entra por el fondo en actitud nada tranquilizado-

ra.) ¿Dónde está ese miserable? (Entra resueltamente y se dirige a Castilla quedándose sorprendido al verle) ¡Caramba! ¿Usted por lo visto se ha domiciliado aquí, eh?

Pedro (Aparte.) ¡A... rrope! (Balbucea.) ¡Psch! ¡Sí, señor... (Aparte.) ¿Qué querrá este matachín!

Angel Me lo suponía... después de... (Hace ademán de abrazar.) No he querido contárselo a su mamá..

Pedro ¿A qué mamá?

Angel A la de usted que ha estado en mi casa.

Pedro ¡Ah! ¿También usted? (Se lleva el índice a la sien.) ¡Oy! ¡Oy! ¡Oy!

Angel ¡Me alegro de encontrarle!

Pedro ¿Sí, eh?

Angel ¿Dónde está Castilla?

Pedro ¡Creo que se ha ido fuera!

Angel ¿Fuera, eh? (Aparte.) ¡Le voy a dar yo a ese los chicoleos con mi mujer! (Alto.) ¿Sabe usted si tardará mucho en volver?

Pedro ¡Hum!... ¡No sé! (Aparte.) Yo me marcho. (Alto.) Si quiere usted iré a buscarle. (Hace ademán de marcharse.)

Angel (Deteniéndole.) No, no se vaya... Le necesito aquí hasta que vuelva Castilla.

Pedro Es que puede que tarde, ¿sabe usted? Ha salido de compras y cuando sale así... es tremendo... Saca del bolsillo las facturas.) ¿No se acuerda usted de los cuadros, que los compró todos? Bueno, pues así es siempre... ¡Un excéntrico!

Angel ¡Conque lo de los cuadros, ¿eh? Lo de los cuadros fué algo muy grave y de lo que me he enterado casualmente. ¡Si yo me huelo a lo que va ese hombre a mi casa!... A estas horas había desaparecido Castilla, hasta del mapa. ¡Eso sí! Que no le salva ni la paz ni la caridad. Pues así que no tenía yo ganas de un lance de honor.

Pedro (Aparte.) ¡Cómo viene! (Alto.) ¿Y qué piensa usted hacer con él?

Angel Llevarle al campo.

Pedro Le hace daño el aire.

Angel Al campo del honor. Padrinos... floretes...

Pedro ¡Hasta hacerle tortillo!

Angel ¡Eso, tortilla!

ESCENA XV

DICHOS y GERVASIO que entra por el fondo dando muestras de un envidiable humor

Ger. (Cantando.)
¡Qué alegre es el mundo!
¡Qué bella es la vida! ..

Pedro ¡Atiza!

Angel (Aparte volviéndose rápidamente.) ¡Hombre, más oportuno!... (Se dirige sobre él y le sujeta por las solapas.) ¡Miserable! Ahora me va usted a dar una satisfacción de su conducta y una reparación por las armas.

Ger. (Tratando de desasirse.) ¡Caballero! ¡Está usted equivocado! ¡La ofuscación le impide!...

Angel (Zarandeándole.) Repito que es usted un miserable.

Pedro (Que desde el primer momento de la agresión interviene para separarlos y lo consigue.) ¡Haya paz, caray! ¡Que hay enfermo! (Aparte.) ¡Estos me despiertan al inglés.

Angel (A Gervasio.) Le atravesaré de un floretazo... ¡Usted no sabe quien es Angel Rubio.

Ger. (Gritando.) Y usted ignora quien es Gervasio Martínez.

Angel ¿Cómo?

Pedro (Aparte.) ¡Ay, Dios mío!

ESCENA XVI

DICHOS y JONES

Abrese violentamente la primera puerta de la derecha y sale Jones hecho una verdadera furia con el chaleco desabrochado, los puños de la camisa fuera de las mangas y el rostro encendido

Jones (Dirigiéndose a Castilla rapidísimo) ¡Ah, canalla de Castillá! Emborracharme con olor malo y dormirme. (Le sujeta de las solapas y le zarandea.) Mi comerle ahora como antropófago. (Acuden rápidos Gervasio y Angel y los separan.)

Angel Pero señores... ¿Quién es Castilla?

Jones (Volviendo a cogerle.) Canalla de Castillá ser este y mañana batirse conmigo a muerte.

Angel (A Castilla y amenazante.) ¿Conque usted es Castilla?

Ger. Sí, señor; yo soy el recomendado de Peláez. Lo que pasa es que el señor me ha suplantado. Y allá ustedes y él. (Mutis primera derecha.)

Angel ¿De manera que usted ni siquiera conoce a Peláez?

Pedro ¡Y dale con Peláez! ¿Pero quién será Peláez?

Angel (Abalanzándose a él.) ¡Ah, canalla! ¡Mañana sin falta nos batiremos.

Jones ¡Imposible!

Angel ¿Cómo?

Jones Primero batirse conmigo.

Pedro ¿Pero ustedes me han tomado à mi por Lancho?

Angel (Aparte.) Según dijo don Filo, mañana espira el plazo. Va mi reputacion. (Alto.) Caballero. Este señor me debe una reparación. Va en ello mi honor.

Jones Deberme a mí otra y matarle antes. Mi defender honra esposa.

Angel (Dándole un empujón y dirigiéndose resueltamente a Jones.) Imposible. Mañana a primera hora le traspasaré de un floretazo.

Jones Será mi quien le traspase.

Angel (Irritado.) Le traspasaré yo.

Pedro ¡Nada! Que me han tomado por una cacharrería sin rendimientos! (A ellos.) ¿Por qué no lo echan ustedes a cara y cruz?

Angel ¡Basta! Este hombre me pertenece. (Coge a Castilla de una manga y lo lleva consigo.)

Jones Ser mío. (Lo coge de la otra manga.)

Angel Lo veremos.

Jones Usted egoísta.

Angel Y usted un ansioso.

Jones ¡Oh! Mi paciencia acabarse.

(Va hacia Angel y le da una bofetada. Angel le contesta. Coge una silla cada uno. Todos gritan. Castilla se interpone y los separa temerosamente.)

ESCENA XVII

DICHOS, GERVASIO, GLORIA y PURA que salen corriendo al oir los gritos

Ger. (Al separarles.) ¿Qué es esto?

Pura (Abalanzándose a Gervasio.) ¡Hijo! ¡Hijo mío!

Ger. ¡Mamá! ¡Tú aquí! (Se abrazan.)

Pura ¡Vámonos, vámonos de aquí inmediatamente! Esto es un manicomio. (Se dirigen hacia el fondo.)

Gloria (Que los ve irse.) ¡Pedro! ¡Pedro! ¡Que se va tu madre! ¿Qué haces?

Pedro (Saliendo de la mesa.) Dejarla. ¡Ya lo ves! ¡Fría! ¡Es una voluntad! Pero mírame a mí también... ¡Frío! ¡Helado!...

Ger. (Aparte a Castilla.) Luego le pasarán otra facturita.

Pedro Sinvergüenza.

(Vanse Pura y Gervasio. Detrás Gloria.)

Jones (A Angel.) ¡Esta ser mi tarjeta!

Angel ¡Y esta la mía! (Se cruzan la tarjeta.)

Jones Mi probar a usted mañana lo que vale un discípulo de Pérez.

Angel ¿De Pérez? ¿Del mamarracho que dijo que yo tiraba menos que un puro de a real? Mañana le demostraré a usted y al imbécil de su profesor lo que vale un discípulo de don Filo.

Jones (Acercándose mucho a Castilla.) Mi perdona a usted porque usted cobarde. (A Castilla.)

Pedro ¡Se agradece! ¡Y ya sabe dónde tiene un amigo!

(Vase Jones.)

Angel (A Castilla acercándose.) ¡Ignoro cuáles serían sus propósitos con mi señora!

Pedro ¡Hombre!...

Angel Huelgan las explicaciones. A usted le perdono, mentecato. Mañana me bato con ese hombre. Es todo lo que necesitaba para sostener mi reputación. ¡Un lance de honor!

Pedro No es mucho. Hay quien se conforma con un honor de lance. ¡Oiga! Y si es a sable no

se olvide usted, ¿eh? Dejarle avanzar y.. ¡Finta, mucha finta!

(Vase Angel y entra Gloria por el fondo.)

ESCENA XVIII

CASTILLA y GLORIA

(Al marcharse Angel, Castilla se deja caer rendido sobre el sofá de la derecha.)

Gloria (Sentándose a su lado.) ¿Quieres explicarme?...

Pedro ¡Mira, hija mía! ¡Ya estoy harto de explicaciones!

Gloria Tienes razón. Pues resulta de que... ¿A qué cerciorarme de lo que adivino? Más oportuno será el mutismo. ¡Ignorancia... es sinónimo de tranquilidad. ¡Qué desgraciada soy! (Solloza.)

Pedro ¿Pero a qué viene eso, mujer? Todo ha terminado ya. De hoy en adelante... yo seré Romeo... y tú serás mi Julieta. ¡Perdóname! (Hace ligeras contorsiones.)

Gloria (Tierna.) ¿Me lo juras?

Pedro ¡Te .. te lo juro! ¡Ay... ay!... (Aumenta las contorsiones y saca el termómetro.)

Gloria ¡Pedro! ¿Qué te pasa?

Pedro Nada. (Aparte.) ¡Ay! Ya están aquí... Pero si nunca me había pasado esto con mi mujer.

Gloria ¡Pedro! ¿Te indispones?

Pedro (Mirando el termómetro.) ¡Dioses! ¡Treinta y nueve décimas!

(Se levanta rápidamente y vase detrás del biombo. Gloria intenta seguirle, pero es detenida por Paz y Polito que salen por la segunda izquierda corriendo hacia ella.)

ESCENA XIX

DICHOS, POLITO y PAZ

Angel ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira! Que se nos había olvidado. (Saca la estufa encendida de debajo del sofá y se la muestra a Gloria.) Un regalo que me ha hecho Polito.

Gloria ¿Pero qué es esto?

Pol. ¡Fa!.. Una estufa eléctrica con unas tenacillas de rizar el pelo. ¡Fa!... No vale nada... ¡Fa! (Polito y Paz se miran tiernamente.)

Gloria (Viéndoles mirarse.) Comprendo. Comprendo. ¿Qué se escapará a los ojos de una madre? (Viendo la estufa.) ¿Pero... y las tenacillas?

Pol. ¡Ay! ¡Fa! Si se han fundido.

Paz ¡Fundidas!

Los tres ¡Qué lástima!

(Quedan los tres mirando la estufa. Despues Polito y Paz se miran y se ríen. A Polito se le sube lo nervioso. Gloria les pone las manos en la cabeza y les mira tiernamente y... por encima del biombo empiezan a salir una a una las prendas de vestir de Castilla. Pantalones, chaqueta, chaleco, etc. Telón.)

FIN DE LA OBRA

Nota importante:

Con objeto de no incurrir en coincidencias que pudieran hacer recordar al público situaciones de otras obras teatrales, se advierte al actor encargado de interpretar el papel de Castilla, que el efecto de los tres accesos sufridos durante la obra, no está en lo exagerado de las contorsiones ni en la oportuna aplicación del termómetro.

Dichas contorsiones constituyen un efecto meramente secundario y serán expresadas levemente, tan solo para dar idea de la excitación del personaje, el que no perderá ni un momento las facultades mentales durante el ataque

Precio: DOS pesetas